



—Aquí, donde usted me ve, he dado muerte a un elefante.  
—¡Es posible! ¿Y cómo entró por una puerta, tan grande?

Dib. RODIO.





# BUEN HUMOR



## PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

#### UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

#### ARGENTINA (Buenos Aires)


Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 603. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

### REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142




PAPEL  
DE  
**FUMAR**

**BAMBU**




LO TAMPO  
POLVO INSECTICIDA  
**LEYER y COMP<sup>a</sup>**  
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA  
CLASE DE INSECTOS





# SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR



13.—Para presumir por poco dinero

Doningo M. Brezo

14.—Cómo no

TRAICION  
A TORNEO N

15.—Mar bella

OCA  
Belicoso

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASA-TIEMPOS del mes de junio

por DIEGO MARSILLA



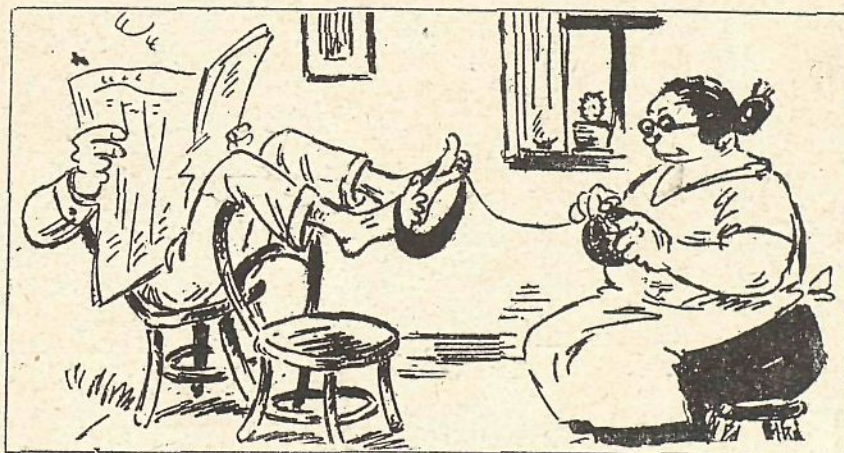
ALBERTO Pulseras de pedida  
7, CARRETAS, 7

16.—Ganásteis el partido fácilmente.

A H  
||| O |||  
Espada

17.—Habrà de hacerse pronto

PRUEBA  
500100  
CASA

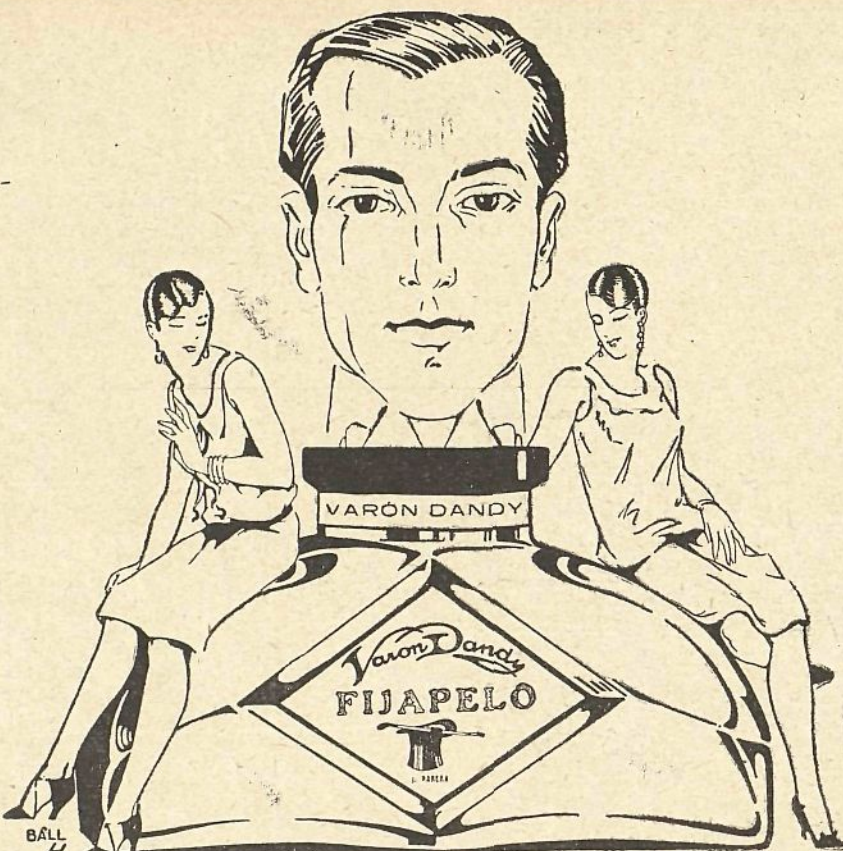


DOS PAJAROS DE UN TIRO

De cómo se puede simultanear un trabajo de cabeza y otro de pie.

(De Le Rire.—París.)





**EL FIJAPELO**  
del mundo elegante es el

*Varon Dandy*  
marca suprema  
para ambos  
sexos

Fué el primero, y sigue el único.  
El legítimo "Varon-Dandy" sólo se vende embotellado, a granel es siempre falsificado.

**PASTILLAS DE CAFE Y LECHE**  
VIUDA DE CELESTINO SOLANO  
Primera marca mundial LOGROÑO

**AMADOR**  
FOTOGRAFO  
PUERTA DEL SOL, 13

### Encendedores-boquillas

Los mejores y más económicos.  
EXPENDEDURIA DE TABACOS  
Mayor, 37. PAPELERIA Madrid

**SUSPIROS DE ESPAÑA**  
Vino de damas; exquisito para meriendas  
Bodegas de LOS CEAS

# CANAS



INVENTO MARAVILLOSO  
para volver los cabellos  
su color primitivo  
en todas partes  
autor N. López Caro  
Santiago y Sucursa  
e Barcelona, Caspe, 32  
onde se dirigirá la co  
respondencia. Isla d  
uba, pidase con e  
ombre de Agua de Co  
nia del profesor N  
ópez Caro República  
Argentina, en todas pa  
es. ¡Ojo! Cuidado con  
as imitaciones y falsifi  
caciones.

SANTIAGO

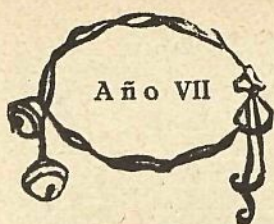


**HERNIAS**  
Bragueros cien-  
tíficamente.  
J Campos  
único MEDICO  
ORTOPEDICO  
de MADRID  
Augusto Figueroa 8

**CLICHES**  
Se venden a precios módicos  
los publicados en este semanario

**CUPON**  
correspondiente al número 342 de  
BUEN HUMOR  
que deberá acompañar a todo  
trabajo que se nos remita pa-  
ra el Concurso permanente de  
chistes o como colaboración  
espontánea



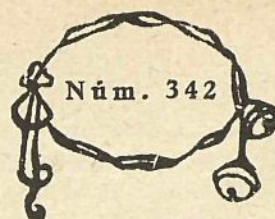


Año VII

# BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 17 de junio de 1928



Núm. 342

## CHARLAS DOMINICALES



AN empezago las verbenas!

Y yo no sé cómo decir a ustedes que a mi no me entusiasman festejos tales.

Es horrible mi situación. Ser ma-

drileño; ser amigo de Antonio Casero; haber tomado parte en la *fiesta de la mantilla*; y tener que confesar de *plano* mi falta de *casticismo verbenero*, es algo verdaderamente doloroso.

¡Pero así es!... ¡No hay que darle vueltas!... (¡Y conste que no lo digo por los *tío-vivos*!)

Esas *veladas* a la orilla de Manzanares, o "a la orilla de un pellejo" helándome de frío, en aquestos veranos al uso, no son de mi agrado.

Para mi no es negocio cambiar una pulmonía por un juego de cacerolas.

Venir hacia el hogar en estas heladas noches verbeneras con una *butaca de mimbre*, adquirida fortuitamente en el azar de una "rifa", me parece inadecuado, paradójico, y si se quiere, absurdo.

No acabo de comprender la alegría que puede causar a los hombres, el mareo de un columpio, el olor a aceite frito de los bufuelos, o la contemplación de la vaca con dos cabezas, seis rabos y tres orejas. (¡Vaya ovación!)

Sólo un afán vanidososo de aparecer *flamenco*, nos hace presumir de castigos, y de añiconados a tan típicas costumbres.

Pero, en realidad...

La alegría que produce una verbena dura menos que cualquiera de sus albahacas. Al principio, cuando llegamos al lugar de la feria, la curiosidad nos tiene una media hora entretenidos, y hasta, como dicen los actores, *metidos en situación*. Nos acer-

camos a los *puestos*; compramos un botijo; subimos a la *ala giratoria*; reimos un poco a la fuerza, sin duda por la excitación nerviosa que aquel veloz movimiento nos produce; y... empezamos a pensar en volvernos a casita.

Pero ¡ay!; entonces surge en nosotros el *castigo*, y aquella huida hacia el hogar nos parece cobarde.

Queremos alargar la juerga: *trasnoch*; ser unos *puntos*... ¡He aquí lo que nos pierda!...

Empieza la *segunda parte*, y ya saben ustedes que *nunca segundas partes fueron buenas*.

Protendiendo *estirar* la noche, como si fuese un *mata-suegras*, visitamos las barracas; tiramos *al blanco*; nos retra-

tamos; y nos tomamos, en fin, unas *bolas con cazalla*...

¡Todo inútil!... Ni el *tubo de la risa* nos produce la menor carcajada; ni el *fenómeno africano del centro de Asia* nos asombra; ni logramos *anillar* el cuello de la botella de "Champagne"; ni halaga gran cosa nuestro orgullo la *postal fotográfica* en que aparecemos convertidos en aviadores sobre un "Cristo del gran Poder" pintado *al temple*.

Y en tal punto, es cuando viene lo grave.

El único recurso que nos queda para no morirnos de tedio, es el de la *bronca*. Hay que *armarla*, con cualquier pretexto. Procurando, eso sí, que sean, ya, las tres de la madrugada... Y la *bronca* surge esplendorosa.

Respecto a los encantos de una de estas luchas a banquetazos; de estos duelos a *sifón*; o de estos *torneos* en que los adalides *quiebran* las cañas de sus palasas, poco he de decir a ustedes.

¡El que más y e que menos de mis oyentes, habrá pasado por los gustosos placeres del *tafetán*, la "Comisaria", el *juicio de faltas*, y la *multa* correspondiente!...

¡En verdad, bien mirado, son tantas molestias como compensación a las *distracciones* de la verbena!...

¡Por eso a mí no acaban de *llenarme*!...

Y si me *llenan*, peor. Porque entonces el aceite de los bufuelos, comidos en abundancia, ha de tornarse en aceite de ricino. ¡Y entre a indigestión de *cascajo* y la ingestión de *Valdepeñas*, se nos levanta un dolor de cabeza, que ya, ya!...

Cosa, después de todo, muy natural...

Nada de particular tiene que pasada la verbena, nos duela el *torrao*...

Y ¡que ustedes descansen!



Dib. SIENO.—Madrid.

LUIS DE TAPIA



## REGIMEN IMPOSIBLE

Víctima de una dolencia  
con resignación sufrida,  
no quise perder la vida  
sin permiso de la ciencia.

Pues aunque no es el galeno  
personaje de mi gusto,  
morir me parece justo  
llevando su visto bueno.

Decidido, al fin, un día,  
lleno de santo fervor,  
fui a ver a un joven doctor  
de bastante nombradía;

y, en su confianza preso,  
con toda sinceridad  
le hice de mi enfermedad  
el minucioso proceso.

Le hablé de las agonías  
de mis nerviosos derroches,  
del insomnio de mis noches,  
de la angustia de mis días;  
le pinté mis sufrimientos  
cuando tienen mis sentidos  
breves placeres, seguidos  
de enormes abatimientos.

—Es horrible—proseguí—  
esta agitación constante,  
viviendo sin que un instante  
pueda ser dueño de mí.

Y mi espíritu desbarra,  
pues mis fuerzas no equilibrio  
y a cada momento vibro  
como cuerdas de guitarra!

Todo para mí es cruel;  
y tan excitado vengo,  
que me parece que tengo  
los nervios sobre la piel.

Quiero ponerme a escribir  
y la atención sujetar,  
y me lanzo a divagar  
sin poderlo conseguir.

Tras el dolor que me abruma  
de estas intensas peleas,  
se me escapan las ideas  
de la cabeza a la pluma.

Y, en fin, ilustre doctor,  
pues su ciencia solicito,  
deme el sueño, el apetito,  
la energía y el humor.

Porque de arrastrar no hay modo  
vida tan accidentada...  
¡Yo no me quejo de nada,  
pues que me quejo de todo!...

Callé. Después de escucharme  
con su sonrisa indulgente,  
dijo el doctor, jovialmente,  
sin duda para animarme:

—¡Vamos! Ya veo que abulta  
sus molestias y quebrantos.  
De su mismo mal ¡hay tantos  
que vienen a mi consulta!...

El nervio a usted le gobierna,  
y hoy le persigue y le acosa

la neurastenia dicha,  
que es la enfermedad moderna;  
pero pronto, por fortuna,  
venceremos sus traiciones  
sin gotas, sin inyecciones,  
¡sin medicación alguna!...

Va usted a irse a descansar  
al campo una temporada,  
llevando vida ordenada:  
comer, dormir, pasear.

No piense en nada profundo  
que le haga preocuparse,  
¡y ni siquiera acordarse  
de que hay plumas en el mundo!...

Y así, en un año, o en medio,  
se pondrá sano y rollizo.

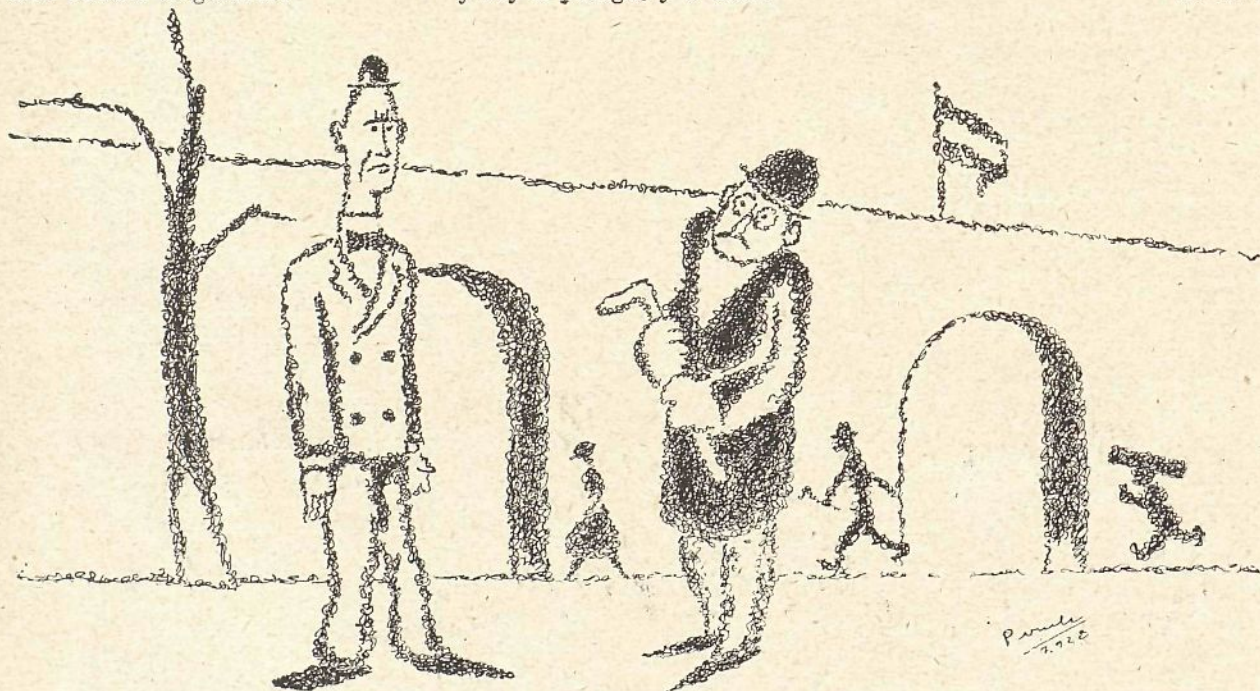
¡Nada más! ¡Le garantizo  
que es el único remedio!...

—¡El único?—repliqué  
con acento un poco duro—  
¡Pues tenga usted por seguro  
que nunca me curaré!

Son sus razones discretas,  
pero, ¡perdón si soy franco!,  
sólo en billetes de Banco  
se extienden tales recetas.

Yo, estimando su doctrina,  
y anhelante de su gracia,  
¡no puedo ir a la farmacia  
que expende esa medicina!

X. X. X.



—¿Por qué está usted tan serio, don Crótido?

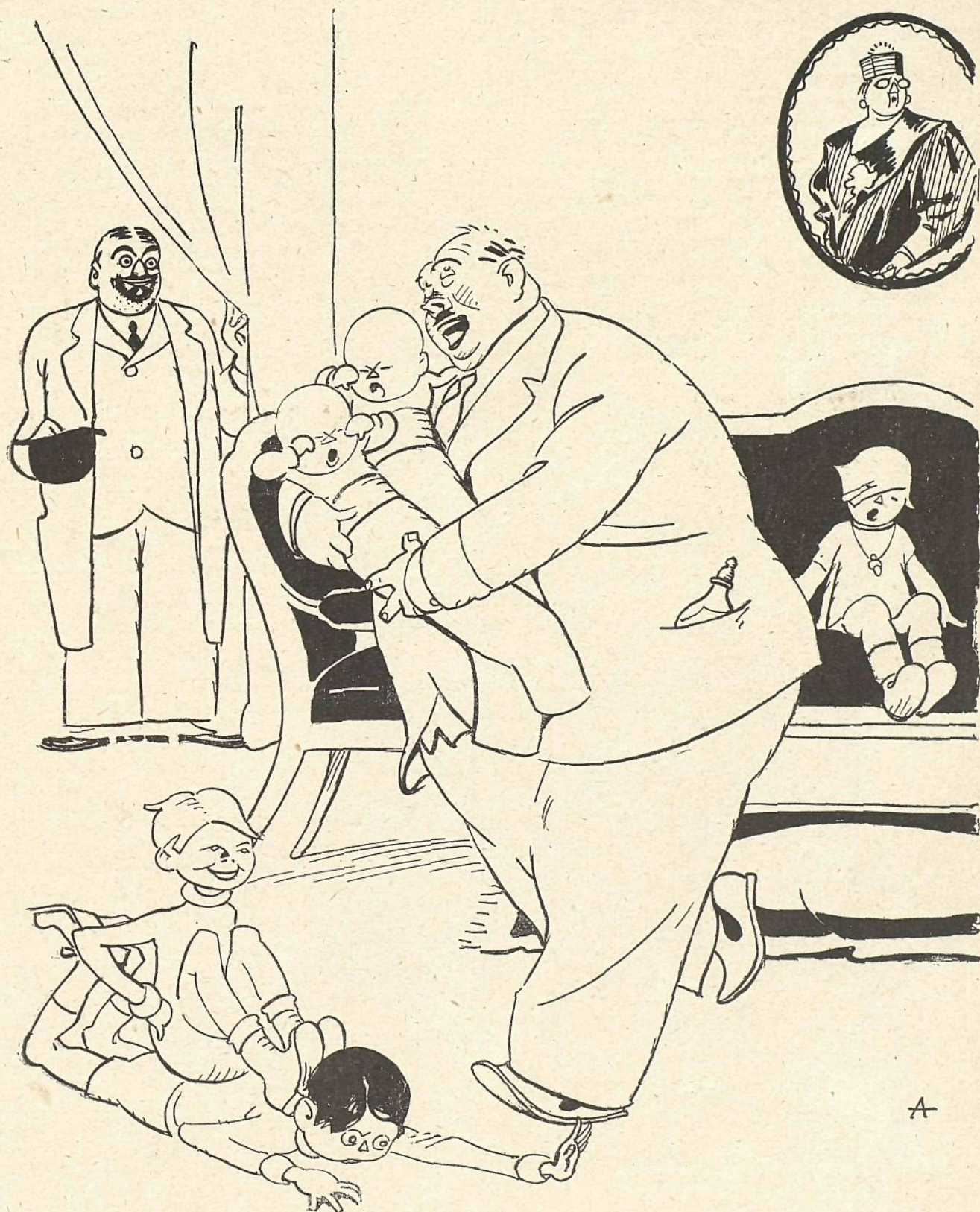
—Porque este sombrero me está chico.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Sí, señor, mucho, porque si me río se me sale de la cabeza.

Dib. PIRULI.—Madrid.





Dib AREUGER.—Madrid.

—Así es que la discusión ha sido porque tu mujer quiere hacer gestiones para administrar Justicia, como los hombres?  
 —Sí; y no le faltan condiciones. Ya ves, en cuanto que la discusión se agrió, y le enseñé los puños, ella me entregó los gemelos.

Ayuntamiento de Madrid



A propósito de un aniversario morrocotudo

## Terrible historia de un tal Sergio Kominoff

Estos días se ha celebrado, con regocijos públicos y con bastantes juergas privadas, el aniversario de la muerte de Lenin. Claro es que sus enemigos lo han celebrado mucho más que sus admiradores; pero como unos y otros lo han celebrado, no tenemos más remedio que decirlo, y dicho queda en estas páginas (que estamos seguros que dentro de quinientos años serán leídas con mucha más emoción histórica que ahora).

Elogiar a Lenin en este momento nos parece una redundancia barcelonesa. Todo el mundo sabe lo que Lenin valía, y en Madrid como en Es-

peñá, en Cáceres como en Budapest, en Chicago como en Torino, su figura permanece incólume a través del tiempo que ha pasado, y hasta se agiganta y crece como si regasen la tierra que la cobija con una persistencia de horticultor eminente. ¡Es el único caso que conocemos de que una persona crezca después de muerta, y por eso lo hacemos constar con la estupefacción natural!...

Sobre todo, los albañiles y los carpinteros de armar (y entre éstos, los de armar camorra) sienten por el gran hombre ruso una devoción que no tiene más remedio que admirarnos a los

escritores y a los aficionados al chocolate con bizcochos. En muchos modestos hogares figura el retrato de Lenin, bien en el comedor, bien en el pasillo, bien en el recibimiento, o mal, ¡muy mal!, a la cabecera de la cama de matrimonio. En una palabra, el ídolo moscovita tiene en España una escandalosa porción de frenéticos adeptos que se agredirían con su sombra por defenderle de posibles críticas y de malévolos falsos testimonios.

No osaremos, por tanto, decir de Lenin nada feo, ni nos atreveremos a llamarle ninguna cosa que no suene bien. Nos contentaremos con llamarle cadáver (¡a lo cual tenemos perfectísimo derecho!), y, aunque tímidamente, afirmaremos que no somos tan comunistas como él, suponiendo que él fuera comunista, que no está muy claro todavía, porque el gachó tenía bastante dinero y los comunistas no suelen tener una gorda. Aparte de que, en su muerte, fué menos comunista que nunca, pues no se dejó enterrar en la fosa "común", que hubiera sido lo natural, y, en cambio, fué inhumado en una tumba tan magnífica, tan lujosa y tan decorativa que no creemos exagerar si juramos por nuestra salud que es una tumba que tumba. Es más: ya saben ustedes, porque lo dijo toda la Prensa europea el día del entierro, que la susodicha tumba tiene calefacción, es decir: que es el único sepulcro del mundo que no es frío como todos los demás sepulcros que han citado los poetas en sus amargas estrofas dedicadas a los difuntos de alguna consideración.

Sin embargo, repetimos que Lenin goza de nuestra más acendrada simpatía y de nuestro más solemne y barbudo respeto. Nosotros no somos capaces de hacer una revolución, y él la hizo, y obesa. Y aunque él no hubiera sido capaz de hacer artículos para BUEN HUMOR, y de cobrarlos tan baratos como nosotros, esto no merma su grandeza ni enturbia su gloria. Lenin fué un tío, y nosotros no somos más que unos infelices primos de nacimiento.

Ahora bien: ¿es verdaderamente Lenin el más considerable mártir del bolchevismo?...



Dib. LÓPEZ REY.—Madrid.

—Entonces yo al verle venir con la navaja en la mano, cogí una silla y...  
—¡Muy bien! ¿Le rompiste la cabeza?  
—.....y le dije siéntese usted.



¿Se puede asegurar que es el que más ha sufrido por su patria?...

¿Es lógico decir que su sacrificio no encuentra par ni en la zapatería mejor surtida?...

Nosotros creemos que no, y con cavernosa seriedad hacemos la afirmación.

Y además, vamos a demostrarlo antes de que den las once de la noche y nos cierren el portal.

Más mártir que Lenin, más sufrido que Lenin, más sacrificado que Lenin, fué sin disputa (y aun con bronca) un obscuro ciudadano de Moscou, llamado Sergio Kominoff, cuyas cenizas no han tenido la suerte de hacerse tan populares como las del importante hombre de la Rusia rojiza, cuyo aniversario se celebra actualmente.

La historia de Kominoff es brutal como un puñetazo en la tripa y amarga como un litro de *bitter* en el estómago, pero vamos a referirla para que ustedes se percaten de la razón que nos asiste al reconocerle superior a Lenin en sus sufrimientos.

Sergio Kominoff, allá por los años en que en Rusia mandaba el Zar, era un perfecto caballero, más radical que luego lo fué Lenin y más revolucionario que el agua de Carabafia. Kominoff simpatizaba con los anarquistas con los políticos deportados a Siberia, con los escritores avanzados e iconoclastas y con los transeúntes que no tenían gabán. Kominoff culpaba al zarismo de la ruina de su pueblo, del analfabetismo de las masas y hasta del frío que en diciembre hace en los puertos del Báltico. Kominoff, en una palabra, era republicano. Menos mal que esto lo sabía muy poca gente, y entre los muchos que no lo sabían estaban los amigos del Zar, por cuya razón pudo vivir en Moscou cerca de treinta años sin ir a la cárcel y sin pagar una multa.

No obstante, llegó un día en que Kominoff no pudo mantener en secreto sus ímpetus demoledores y antimonárquicos. Con ocasión del encarcelamiento de un imitador de Máximo Gorki (que creemos que lo llevaron al calabozo por lo mal que imitaba a Máximo y no por otro motivo), hubo una manifestación socialista, y Sergio Kominoff creyó un deber el sumarse a ella y el verter unos pocos gritos callejeros de indignación. Y así lo hizo.

Cuando la manifestación cruzaba por la calle en donde había reunidos más guardias, Kominoff abrió la boca

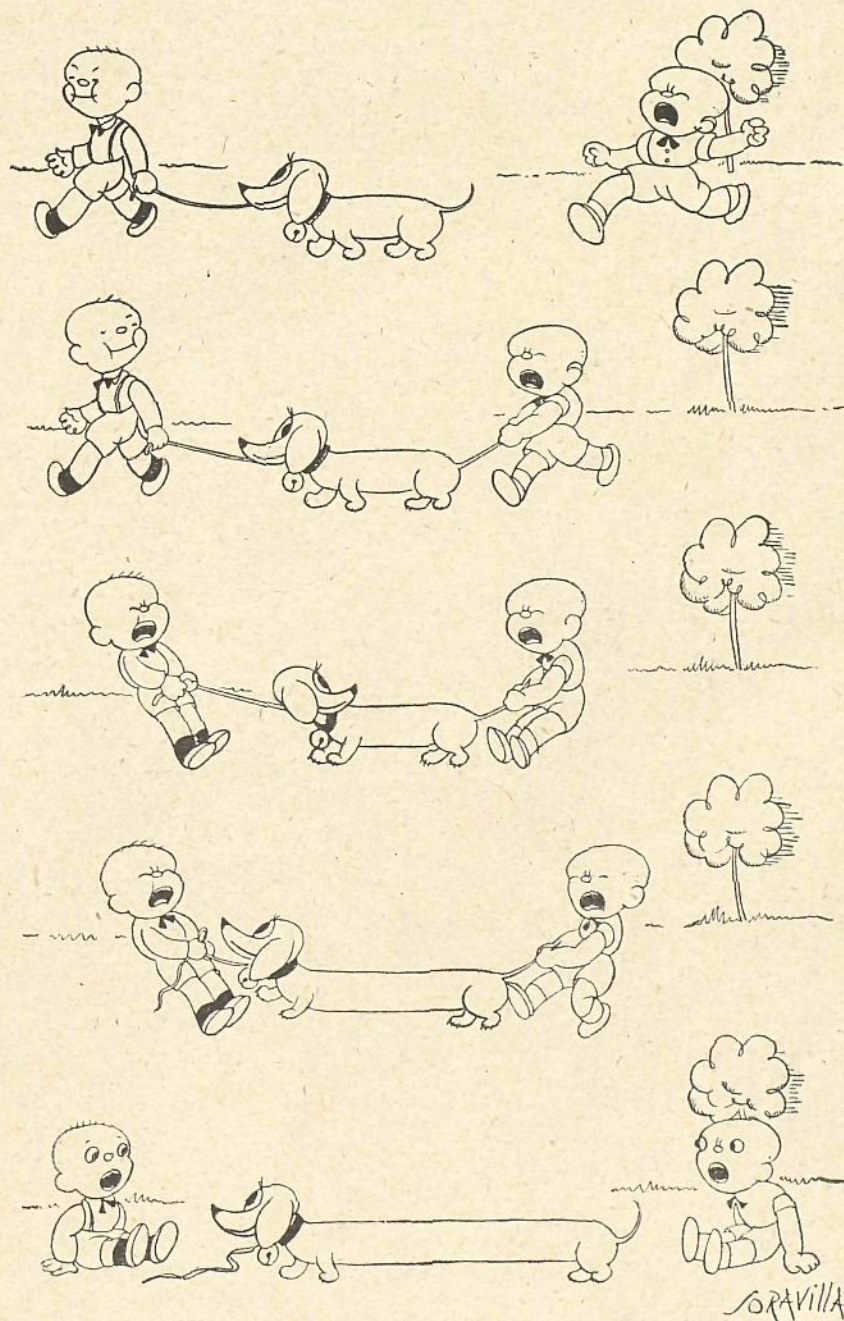
y soltó con energuménica furia el siguiente alarido subversivo:

—¡¡¡Abajo el Zar!!!

Y no quieran ustedes pensar en lo que sucedió. Un guardia, dos guardias, tres guardias, muchos guardias, porque contarlos todos es imposible, se echaron como chacales sobre el idóneo Sergio y le obsequieron con tal cantidad de sablazos que si Vanderbilt, con ser

Vanderbilt, los recibe, se hubiese quedado arruinado en el acto.

Kominoff no quedó arruinado, pero quedó hecho una ruina. Perdió un dedo y la yema del otro, perdió parte de la nariz, quedó con un brazo fracturado, no volvió a saber de cuatro muelas y de un trozo de la oreja izquierda, y hubo que coserle una porción de heridas en diferentes sitios



COMO SE HIZO LA RAZA "BASSET"  
Dib. SORAVILLA.—Madrid.



del cuerpo que no cito por no cansarles a ustedes demasiado.

Comprenderán que la curación de tales lesiones requería tiempo y paciencia, y, en efecto, pasaron nueve años y el bueno de Kominoff todavía no había podido ser dado de alta por el médico que le asistía.

Y en estos nueve años sobrevino la caída del Zar y el triunfo de Lenin.

Se conmovió toda Rusia, se conmovió toda Europa, se conmovió todo el mundo. Y el único que no se conmovió fué Kominoff.

Pero fué porque no se lo dijeron.

El doctor opinó que la noticia podía producirle un enardecimiento, fatal para su curación, y convinieron ocultarle el espantoso acontecimiento hasta que estuviese completamente cicatrizado del destrozo.

Y pasaron otros dos años y Kominoff se curó al fin.

El día que el médico le dijo que podía ir a la calle a darse un paseito, Sergio se sintió optimista y dicharachero y se lanzó a la vía pública con un ansia de gozar de la existencia y de bailar la polka como no pueden ustedes tener una idea aproximada.

Era una mañana primaveral. El sol se esparcía en rayos incandescentes sobre los toldos de los bares, las flores de trapo de los escaparates abrían sus corolas, y los timbres de los tranvías tenían una armonía como la que no renará jamás entre *El Debate* y el *Heraldo de Madrid*... Moscú daba gusto, sencillamente, en aquella mañana tibia; y digo que la mañana era tibia porque no podía ser peroné, que no por otra cosa.

Kominoff comenzó a creerse el hombre más feliz de Rusia.

Y sonrió y se arregló la corbata.

Pero, ¡ah, señores!, en aquel momento sobrevino lo irremediable, lo bárbaro, lo insólito, lo idiota.

Sergio vió de pronto en una esquina un montón de guardias de feroz catadura, que por infausta casualidad, eran los mismísimos que le habían tenido en la cama once años. Recordó de golpe todos los golpes que le habían propinado, en el cumplimiento excesivo de su deber, y acudió a su memoria el grito subversivo que le había valido la catastrófica paliza. Y, claro, no halló mejor manera que rectificar el antiguo concepto lanzando ahora el grito que suponía agradable a los aterradores *quindillas*.

Y fué y vociferó con toda la energía que pudo almacenar en sus pulmones:

—¡¡¡Viva el Zar!!!

¿Tendré que decirles a ustedes lo que pasó en el momento de emitir Kominoff el grito rectificador?

Supongo que se lo habrán ustedes figurado. Los guardias, como un solo hombre (mejor dicho, como un solo animal), cargaron sobre Sergio con tan estruendosa fiera que a los dos minutos estaba el desventurado Kominoff dividido en más partes que una película de Douglas y su distinguida esposa.

Conducido a la casa de socorro, en ella exhaló el último suspiro, no sin antes decir con expresión de estupor y demostrando que estaba hecho un lío:

—¿Pero esos guardias qué quieren?  
¡Fallezco sin acertar con su gusto!  
¡Todo sea por Dios!...

\* \* \*

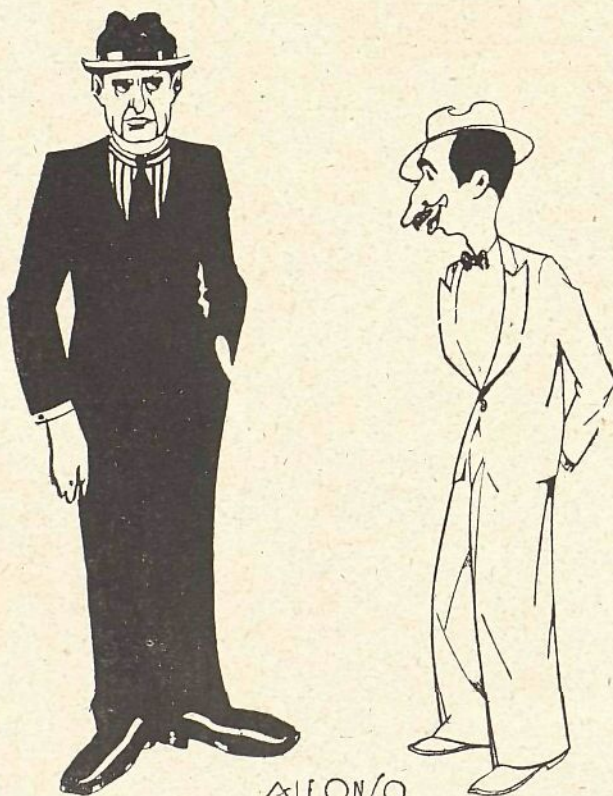
Claro está que si Kominoff hubiese sabido que ya no mandaba el Zar sino Lenin, no habría pasado nada; pero como la gracia está en que Kominoff no sabía una palabra, los que supieron el lance se rieron mucho y Kominoff se hizo la cuseca tontamente.

He aquí por qué dije antes que el verdadero mártir de Rusia no ha sido Lenin, sino este otro pobre hombre.

Mártir del zarismo y mártir del bolchevismo a la vez, no es posible que haya habido otro.

Me juego cien rublos que tengo en casa y que, si no me valen para esto, no me van a valer para nada.

ERNESTO POLO



ALFON/O  
ARANA

Dib. ARANA.—Madrid

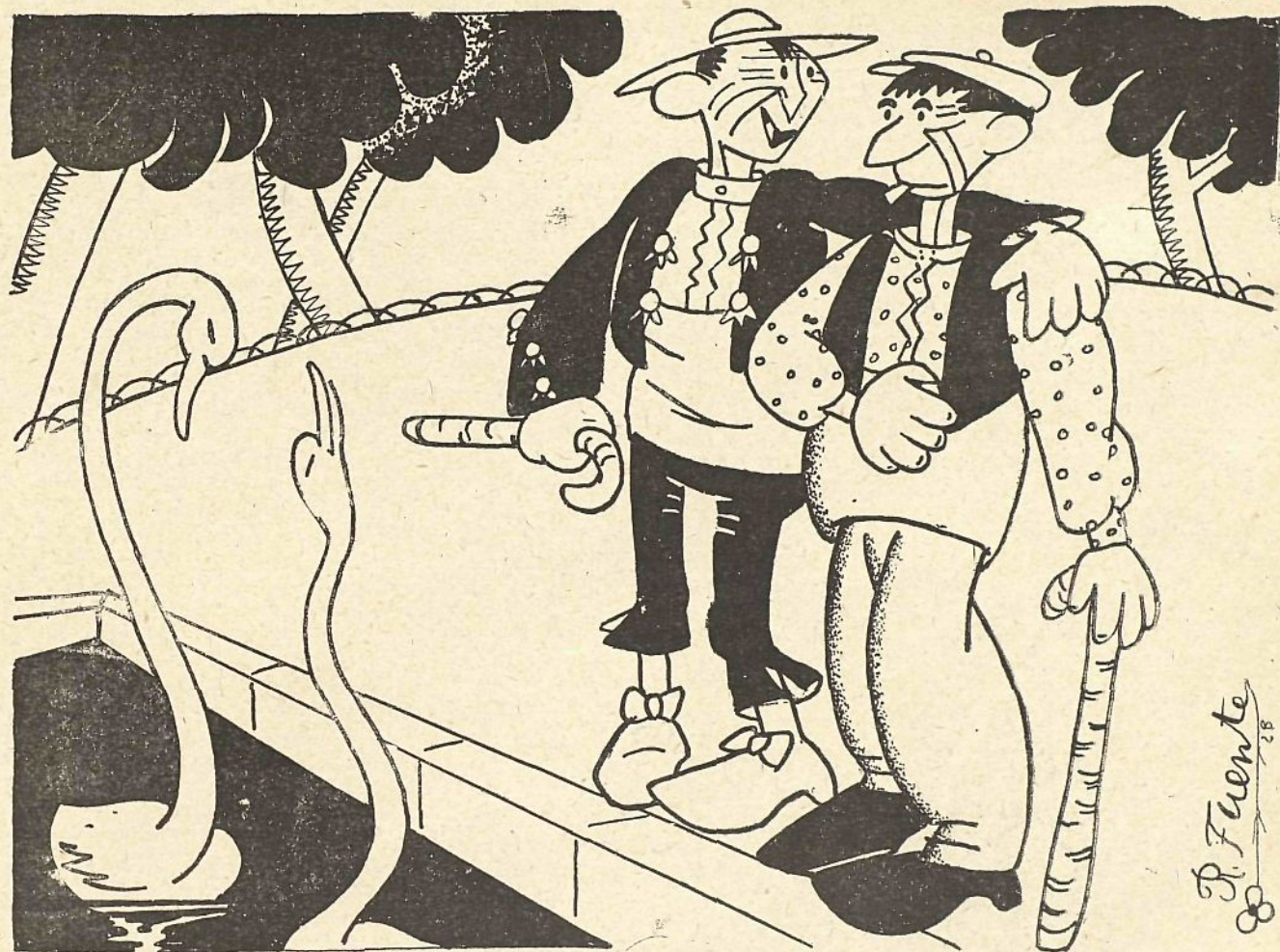
—¿Pero de dónde vienes con esa cara?

—De enterrar a mi suegra.

—Pues, chico, te acompaño en el sentimiento.

—No, si no es por eso: es porque me ha dicho el sacerdote que nos encontraremos en el cielo.





Dib. de FUENTE.—Madrid.

—¡Pero qué cosas hay en las capitales! ¡En mi vida había visto yo unos conejos tan magníficos como éstos!

## Un espectáculo extraordinario

Solórzano, el hipnotizador de animales feroces tenía todas las noches un triunfo personal en el circo.

La maravillosa sencillez de sus múltiples experimentos, llamaba poderosamente la atención del público aficionado a estos espectáculos. Leones, osos, lobos, serpientes, caimanes y leopardos rendíanse ante la magnética mirada del hipnotizador.

El éxito, después de aquel interesante trabajo, era inmenso siempre para Solórzano, en quien concurrían cualidades extraordinarias y a quien suponíasele fuerte e invencible. Sin embargo, un detalle al parecer insignificante, le perdió para siempre.

Una noche se indispuso un joven

león, denominado Pisistrato. Como es lógico suponer, aquella noche Pisistrato fué resegado a un rincón de la enorme jaula. Durante el espectáculo no apartó un solo momento la vista de sus compañeros. Cuando la representación hubo terminado, o mejor dicho, cuando la hora del descanso se hizo en el circo, el león Pisistrato acercándose todo lo que pudo al respiradero de su estrecho cajón, dijo con voz un tanto terrible y misteriosa:

—Hermanos, tengo que hablaros.

Por el cuerpo de los feroces animales allí prisioneros corrió un estremecimiento de terror.

—¿Qué es lo que ocurre?—inquirió

trabajosamente un viejo tigre de Bengala.

—Estadme atentos—añadió Pisistrato—, la cosa no es para atemorizarse; se trata de un hecho, a mi entender vergonzoso, que atenta a la dignidad de todos los feroces animales aquí reunidos.

—¿Qué es ello?

—Esta noche, como vosotros sabéis, fui relevado del trabajo, a causa de repentina indisposición. Minuciosamente estuve siguiendo el curso del ascabroso trabajo de Solórzano. Quedé mudo de estupor al mismo tiempo que temblante de ira. Vosotros, los graves y sensatos, los siempre deco-



rosos y dignos, comenzásteis a hacer el ridículo de la manera más desconcertante que darse puede. Unos abríais la boca, quedando en un estado de estupidez impropio de fieras bien nacidas; otros dabais saltitos amanezados como el más inmundo de los animales; todos, en fin, ante el inflexible mandato del hipnotizador, quedábais convertidos en seres despreciables.

Con una espantosa lluvia de denuestos fueron recibidas estas palabras.

—¡Venganza! — gritaron los más fieros abriendo sus formidables fauces.

—Dejad terminar al león — dijo el anciano tigre de Bengala—; es el más capacitado para juzgar en este asunto.

—No cabe duda—añadió Pisistrato, después de lamerse un par de veces sus largos bigotes de miliciano— que este modo de proceder merece un castigo contundente. Anoche, ¡gran noche para nosotros!, oí también a unos caballeros, que es muy fácil ponerse a ser hipnotizado; basta con tener un poco de voluntad. La venganza está clara. El jueves próximo, día de gala en el circo, el gran Solór-

zano, dominador de animales feroces, recibirá su merecido. ¡Qué nadie olvide cumplir con su deber!

\*\*\*

El circo rebosaba de gente. Los focos eléctricos, con su poderosa luz alba, habían transformado la pista en un disco fúlgido. La orquesta ejecutaba algo parecido a los restos de un cataclismo sinfónico. Un hombre delgadito, apoyada la cabeza sobre la base del trapecio, y con los pies en alto, sonreía trágico desde la altura, pensando en lo difícil que resulta ganarse el sustento. El público, impaciente por ver la extraordinaria experimentación anunciada, comenzó a agitarse amenazador... Aquel acrobático trabajo preliminar interesábale poco; lo principal era para él la presencia del hipnotizador Solórzano con su importante colección de animales feroces.

Sonó un timbre potentísimo. ¡Por fin!

Los mozos amaron, rápidos, sobre la pista, una enorme jaula y después fueron acarreando a las fieras encajonadas que saltaban al interior de ella

con regocijo de aparente libertad. La música fué apagada por los aplausos.

El hipnotizador Solórzano, más interesante que nunca, con sus verdes y relampagueantes ojos de víbora, apareció en la sala correctamente vestido de frac. Inclínose cortés y, sin titubeos, penetró en la jaula.

Las fieras cambiaron una mirada de inteligencia. El león Pisistrato ofreció el primero a ser hipnotizado. Al parecer quedó fácilmente en estado letárgico. Del mismo modo todos sus camaradas fueron siguiéndole en el sueño artificial, pero en el preciso instante en que Solórzano, volviéndose al público, extendía la mano, con ese ademán tan expresivo que parece decir: "están ustedes complacidos", los leoncitos despertaron de súbito, demostrando al respetable público que era incierta la creencia del hipnotizador.

Una gigantesca carcajada retumbó en el circo. Vióse palidecer a Solórzano. No obstante, ninguno de los espectadores pensó en el fracaso; el anunciado gran espectáculo de aquella noche, mantuvo a cada persona en el sitio que le correspondía, aguardando el colosal y nunca visto acontecimiento. Las fieras, rugiendo vengativas, comenzaron por rodear al hipnotizador que se sintió repentinamente desfallecer; después, sin más dilaciones ni escrúpulos, cada una se comió un trozo de aquel hombre.

El público rompió en un aplauso caluroso.

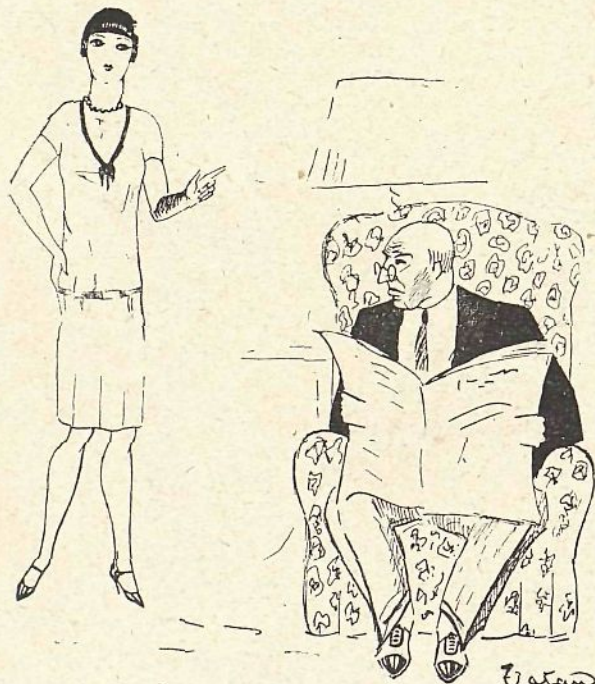
El espectáculo estaba, en verdad, fuera del orden natural de las cosas, tanto que el empresario sintióse impulsado a salvar al hipnotizador; pero como antes que individuo conserativo era empresario de circo, aquel éxito sin precedente le contuvo, al mismo tiempo que le sugirió una idea portentosa.

Al siguiente día, grandes carteles atraían la curiosidad de los transeúntes:

#### "ESPECTACULO EXTRAORDINARIO

En vista del enorme y reciente éxito obtenido por la interesante colección de animales feroces presentados por este circo, todos los días en presencia del público será devorado por las fieras un artista de la compañía, sin que aumenten de precio las localidades."

FRANCISCO TORNERO

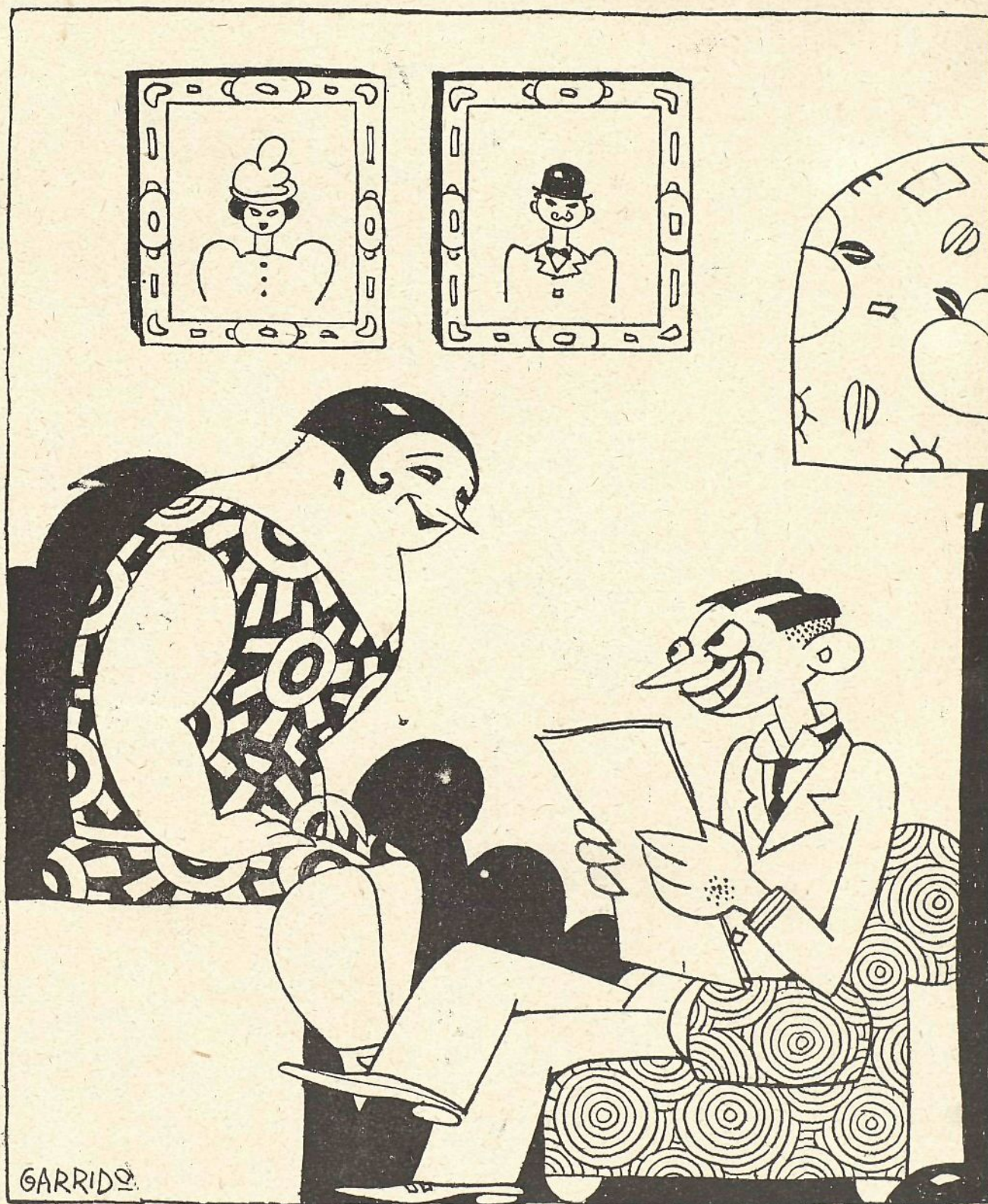


Dib. de TATAN.—Madrid.

—¿Supongo que no pretenderás que me case con un hombre que se compra los zapatos de segunda mano?

—¿Cómo de segunda mano? ¿Querrás decir de segundo pie?





Dib. de GARRIDO.—Madrid.

—Mira, Titi, este periódico habla de mí.

—¿Ay, sí?... ¿Qué dice?

—“En el mes de marzo circularon en los tranvías de Madrid 15.738.526 viajeros... Bueno, pues uno de éstos era yo.



## Una buena obra

Día 15.—En la casa que están construyendo enfrente, han comenzado a colocar los andamios. Emocionante operación.

—¡Papá, papá!—ha gritado alborozado Pepito, el mayor de nuestros hijos.—¡Ven pronto!

—¡Mamá, mamá!—ha añadido Pilarín, la menor.—Corre que hay un hombre colocado sobre un ladrillo ¡y parece que va a caerse!

—¡Oh, oh!—ha exclamado Rita mi mujer.—¡Esto es horrendo! ¡Abominable! Van a matarse.

—Sí, es cierto—he replicado yo.—Seguramente van a matarse.

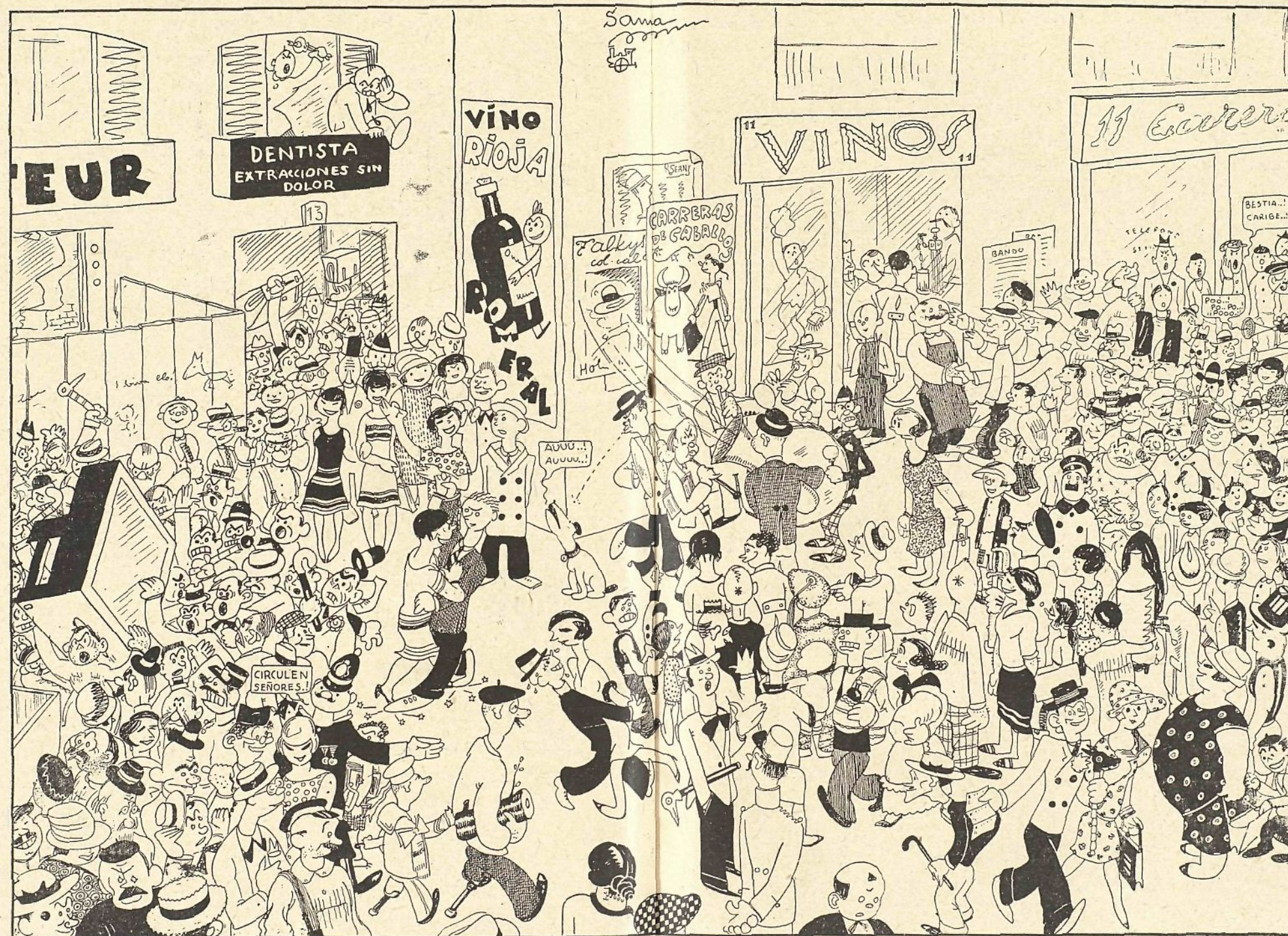
—¡Yo no puedo ver esto!—ha añadido Rita.—Yo soy una mujer sentimental. Hija de marinos. He leído quinientos sesenta volúmenes de la biblioteca "Armiño enjalbegado".

—Yo tampoco puedo ver esto—he corroborado yo.—Soy, también, un hombre sentimental. He llorado muchas veces leyendo "El calvario de una pobre huérfana ciega, sola y bondadosa".

Día 16.—Continúa el espectáculo. Más intenso, más apasionante que ayer. Los albañiles, expertísimos, realizan su labor con brillantez magnífica. Los vecinos de toda la calle, asomados a los balcones, lo corean con bravos y aplausos. Se cruzan apuestas sobre posibles accidentes. Mi mujer, poco familiarizada con Leonard Paris, gestiona, acciona y vierte raudales de conmiseración. Pepito y Pilarín no salen a ella. Nunca se divertieron tanto. Anochece. Todavía no ha pasado nada. Los vecinos van internándose en sus viviendas decepcionados.

Día 17.—Llueve. Llueve lenta. Llueve seguida. Llueve inacabablemente. El espectáculo pierde brillantez y gana emoción. En los balcones más público que ayer. Las apuestas animadas. En la escena aparece un nuevo actor: un albañil sesentón, depauperado y triste. Al verlo mi mujer comienza sus ratés sentimentales.

—¡Pero también ese anciano va a realizar números de acrobacia?



Dib. de SAMA.—San Rafael.

El dentista.—¡No se tire, perdóneme! Es que una raíz es muy difícil de extraer.

El paciente.—¿Difícil?

El dentista.—¡Sí es que era una raíz cuadrada!

El albañil sesentón realiza ejercicios de acrobacia. Y mejor y más arriesgadamente que sus compañeros. Dueño del arte de la emoción, pronto tiene en su poder los nervios de la vecindad. Se hacen muchas travesías en su favor.

—¡Esto es una infamia!—ruge Rita.—Ese hombre es casado. Con cinco hijos. Su mujer padece reuma articular y no puede ni peinarse. Y él, si no se estrella, va a quedarse baldado. Está empapado. Menos mal que si muere en accidente del trabajo sus hijos cobrarán 3.000 pesetas.

—¡Ah, menos mal!

—Pero no basta. ¡No te parte el corazón verlo allí, calado como un pajarillo sin albergue?

—Me lo parte, sí, y me lo partes tú con la exuberancia colorista de tu verbo.

—Hagamos algo por él. Somos ricos y no nos importa desprendernos de unas pesetas. Las suficientes para que se abrigue ese pobre, para que pueda tomar algo caliente... Doscientas.

—Cuando salga de la obra se las daré.

Día 18.—A media mañana un rumor inquietante llena la calle. El albañil sesentón se ha caído del andamio. Viejo y débil, al chocar contra la acera se deshizo como un flan.

Mi mujer, repugnando dolor, inquieta.

—¿Cómo ha sido, cómo ha sido? La agencia informativa de Udme la concierge, nos trae la explicación.

—¡El cochino vicio, señora!... Parece ser que al fiambre le habían tocado ayer doscientas pesetas en la lotería y lo que pasa... Esta gente no sabe contenerse; se ha metido en la taberna con los amigos, se atracó de vino y ¡paf!, el doble salto mortal. Ahora los que pagan las consecuencias son la pobre mujer y los hijos, que como el accidente se ha debido al repugnante estado de embriaguez de la víctima, pues estos no ven pero que ni gruesa. ¡Y to por esas cochinas doscientas pesetas! ¡Tan felices y tan contentos como vivían sin ellas! ¡Mía si se le seca se la mano al que se las dió!...

LUIS PIELTAIN



# HE COSIDO UN BOTÓN

Con profundo pesar tengo que declarararlo: yo soy soltero por la gracia de Dios. Seguramente, muchos hombres casados me envidiarán cuando lo sepan. Yo mismo me he envidiado hasta hace pocas horas por haber sabido resistir a la tentación del matrimonio. Sé que la soltería es como la salud: sólo se estima el valor de ambas cosas cuando se han perdido irremisiblemente. Pero, aun a costa de que algún día me pese quiero cambiar de estado. Estoy dispuesto a ello.

Yo fui hasta ayer soltero por verdadera convicción; desde ayer, si lo soy, es por necesidad. No me ha movido a cambio semejante el antiguo aforismo "de sabios es mudar de consejo". Ni tengo pretensiones de sabio ni es mi consejo tan mudable como el de la luna, que cada día se ofrece con tamaño distinto. La fuerza de los hechos es lo que me obliga. ¡Y qué hemos de hacer cuando la fatalidad nos impone sus leyes!...

Es el caso que yo vivía feliz siendo soltero. Nadie me pedía cuentas de mi vida ni a nadie le concedía yo el derecho de reclamármelas. ¡Libre como el aire; como la alondra, libre!... Para mí eran los padres de familia unos infelices directores de orquesta salidos antes de tiempo del Conservatorio e incapaces de formar armonía alguna con las discordancias de la vida doméstica. ¡Oh, los solos de flauta de la esposa!... ¡Oh, las estridencias del violín suegril!... ¡Y los hijos?... Coro desafinado e implacable, que no deja dormir por la noche y que se pasa el día pidiendo voces pan.

Pero ayer, lo repito, cambié de pensamiento. Como fué no acierte aún a explicarme, pero el caso es que ha sido. Verán ustedes...

Unos buenos amigos me invitaron a cenar en un hotel de moda. Son gente de cumplidos, y tuve que sacar del baúl mis trajes mejores. Mientras pasaba una escrupulosa revista a aquellas prendas, observé que



en mi gabán, mi magnífico gabán con vueltas de piel fina, faltaba un botón. Yo soy muy cuidadoso de los detalles nimios. Un botón que se cae, la liga que se suelta, la imperceptible mancha que deshonra la nitidez de un cuello, suelen ser causa de que el hombre más tranquilo se solivianta y de que la figura más arrogante de hombre se descomponga. Parece como si en el lugar donde radica una de aquellas faltas existiese un nuevo cerebro que transmite sus corrientes nerviosas a todo el individuo. No quise que la falta del botón me soliviantase, y decidí cosérmelo yo mismo.

Pero para ello hacen falta determinados útiles, de los que no suele haber en casa de un soltero. Recordé que en mi misma calle hay una mercería, y bajé a comprar los útiles que me faltaban.



Me recibió una preciosa muchacha, dependienta de la mercería.

—¿Qué desea?—me dijo, mientras sus frescos labios se dilataban en una sonrisa encantadora.

—Verá usted... —repuse con algún titubeo—. Yo quería un botón...

—¿De qué clase?... Tenemos un surtido magnífico: de madera, de pasta de nácar, forrados, sin forrar... ¿Quiere ver los modelos?...

Y puse ante mis ojos un copioso muestrario. No tengo yo costumbre de ir de compras, y me falta paciencia para seleccionar con el detenimiento debido los objetos que busco. Así que, apresuradamente, separé los modelos que más se asemejaban a los botones de mi histórica prenda.

—Póngame éste..., y éste..., y aquél... Y así hasta diez o doce.

—¿Cuántos de cada clase?

—Nada más uno, señorita.

—No es costumbre de la casa venderlos sueltos. Se venden por docenas. ¿Quiere que se los ponga?

Era tan atrayente su sonrisa que no sin acariciar disimuladamente mi bolsillo, accedí a llevarme la gruesa de botones.

—¿Tiene usted agujas?... —pregunté a la muchacha.

—Como usted las dese—me contestó, mientras ponía todo su delicado esmero en hacer con los botones un paquete. Parecía traslucirse en sus palabras un "no se qué" de ironía sangrienta, y me esforcé en urdir una burda patraña.

—Verá usted... No son para mí ¿sabe?... Mi hermana es modista... ¿me comprende?... y me ha hecho este molesto encargo porque no puede ella venir en persona. Ponga una docenita también de cada clase, y si no son del gusto de mi hermana ¡que hubiese ella venido!

La sonrisa de mi interlocutora perdió aquella sombra de burla que tenía, y se hizo cada vez más deliciosa.

—Le advierto que no se venden por docenas—repuso—. Las agujas se



venden en sobres, y cada sobre contiene veinticinco.

—Es igual. Añada al paquete un sobre de cada clase.

La linda dependienta puso sobre el mostrador un montón de sobrecitos de todos los tamaños. Yo, disimuladamente, acaricié la cartera.

—También me encargó mi hermana hilo. ¿Quiere enseñarme los modelos?

La misma sonrisa de desdeñosa burla volvió a aparecer en los labios de la muchacha.

—¿Para qué es el hilo?... ¿Para bordar, para hilvanar, para zurcir?... Me desconcertó la nueva pregunta.

—No recuerdo... —murmuré.

—Bien, es lo mismo. Le pondré na-

ble de aquella sonrisa o a la proximidad de la cartera, en inminente peligro de ser desvalijada.

Mi interlocutora puso un enorme paquete al alcance de mi mano; yo, a mi vez, puse un flamante billete de cinco duros al alcance de la suya.

—Su compra importa cuarenta y seis pesetas con treinta y cinco céntimos—me dijo con una voz dulce y cariñosa.

Un nuevo billete salió de mi cartera para reunirse con el otro. La dependienta se dirigió a la caja y, mientras marcaba en la registradora, murmuró:

—¿No quiere nada más? ¿No necesita usted dedales?

Creí descubrir en sus palabras una ironía tan cruel que, sin detenerme a recoger la vuelta, salí disparado a la vía pública.

De regreso en mi casa, me dispuse a coser el botón famoso. A fuerza de desojarme enhebré una aguja. Pero, no bien di la primer puntada, el hilo, demasiado débil, se rompió. Volví a enhebrar la aguja con un hilo más fuerte; pero esta vez fué la aguja la que se quebró a la primer puntada. Con la experiencia de aquel doble fracaso, tomé una nueva aguja, gruesa, gruesa, como si más que un botón fuese a coser la estera de mi cuarto. Pero aquella vez era la hebra tan corta, que a las cuatro puntadas me quedé sin hilo. Comencé a impacientarme: corría velozmente el tiempo, se acercaba la hora de la cena y el botón estaba sin pegar. Corté la cuarta hebra, pero tan larga que, antes de ser enhebrada, se había enredado horriblemente, haciéndose mil nudos.

Luego de inenarrables fatigas, de haberme pinchado y despellejado cien veces los dedos, de casi perder la vista y la paciencia, quedó el botón cosido. Me vestí atropelladamente; pero al sumirse en la angostura del gabán, de mi magnífico gabán con vueltas de piel fina, creí volverme loco de rabia y de estupor: ¡había cosido el botón con hilo blanco!

Una oleada de sangre me subió a la cabeza; la ira más espantosa cegó mis ojos, y cometí un crimen horrendo,

del que hoy estoy profundamente arrepentido; arranqué con saña el botón, no sin que tras él saliera una tira de paño.

No había tiempo de remediar el mal. Mis amigos estarían ya aguardándome, y tuve que sujetarme el abrigo con un antiestético alfiler imperdible. Y salí así a la calle, y así, en medio de la mal contenida chacota de la gente, tuve que alquilar un taxi para encaminarme al hotel donde se iba a celebrar la comida.

Hoy, ya más tranquilo, he tomado una resolución irrevocable: quiero contraer matrimonio. Prefiero ser el hazmerreir de los solteros cuando pase por la calle con mis chicos en brazos; prefiero soportar las desacor-



da más que una muestra para cada cosa.

—Eso es: un carrete...

—No. Su hermana es, sin duda una buena modista, y no tendrá bastante con un carrete como prueba. Una cajita de cada tipo, ¿no?...

Asentí, contra mi voluntad: ¡era tan encantadora la sonrisa de la dependienta!... Pero, en el mismo instante, sentí en el corazón como un hormigueo extraño: no puedo precisar si era debido al encanto irresistible



des voces de una suegra y de una esposa amante; prefiero que me tilden de atrabiliario director de la orquesta doméstica; prefiero no dormir por la noche y desesperarme por el día; prefiero... ¡todo, todo, antes que tenerme que coser nuevamente un botón!

Ya lo saben mis lectoras solteras que sepan pegar botones a un abrigo.

PEDRO GOMEZ APARICIO

(De nuestro concurso de artículos humorísticos.)

Dibujos de Ribera (hijo).—Madrid.

Agente exclusivo de BUEN HUMOR en México, don Nicolás Rueda

::: :: ::: ::: Calle 2.ª Victoria, núm. 33, Librería ::: ::: ::: :::



# ¡ABAJO LOS TRUCOS!

(Panorama escénico, en prosa rimada)

¡Cómo está el arte teatral! ¡Ni gusta el drama ancestral, ni el juguete hace reír! Y como todo anda mal, se ha comenzado a acudir a lo sobrenatural. ¡Vaya un recurso genial!

¡Superrealismo! ¡Creaciones del mundo astral! ¡Abstracciones de espíritus enfermizos! ¡Ensueños! ¡Magias! ¡Hechizos!... ¡Total: que ríen los guasones! ¡Y se enojan los castizos! ¡Y venga estrenar visiones! Visiones y tonterías, empezando por las mías.

Y así, en medio de una obra del autor más cartelero, y acaso del que más cobra, con la natural zozobra, véase el siguiente letrero: "Ahora, público y señor, vas a ver el interior de las figuras del drama, y lo que opina el autor; su mujer; su confesor; su chico pequeño; el ama; el otro primer actor; el barba; el apuntador, y un sobrino de la dama. ¡Ah! Y cuando baje el telón no te

pongas el gabán, que un truco de sensación, con la fuerza de un imán, va a esclavizar tu atención y ¡tipitón! ¡tipitán! te va a hacer el corazón."

Y si lo que está en cartel es una revista usual, aquello es una Babel... Y, además, siempre es igual. ¡Cabalgatas a granel por el pasillo central, y en la entrada general, gratis, copita y pastel, y un látigo de papel que, a ritmo con el metal, ha de fustigar cruel las espaldas del mortal que se coloca ante él, en el número final, en que, en plena bacanal, y entre *cock-tel* y *cock-tel* hay que hacer de mayoral de un supuesto *carusel*.

Y por si el público, fiero, al ver aquello, *se raja*, el telón peliculero, que en los intercuadros baja, con un cuplé burdo y huero, que a la fuerza se le encaja al que pagó su dinero. Y ¡guay! del espectador que no lo quiera entonar;

porque un acomodador vendrá y le dirá: "Señor, aquí se viene a cantar."

¡Tonterías! ¡Tonterías! Empezando por las mías. Obras de simplezas llenas. Las propias y las ajenas.

Pues ¿y cuándo las obritas son una franca indecencia, y aparece esta advertencia: "No apta para señoritas"; porque con estas notitas acude más concurrencia?

¿Y una rampa, que no viene a cuento; pero sostiene cien hembras como cien soles, las cuales, como es de *ene*, con un balón hacen *goles*, cantando, cuando conviene, una letrilla que tiene muchos pares de *bemoles*? ¡Desdichadas señoritas! De tantos gritos—o gritas—sudan carmín y albayalde, y aun cuando son muy bonitas, viéndolas destefanitas, nadie quiere, ¡pobrecitas!, llevarse las ni de balde.

Luego, un bailarín sin malla, como el que salta una valla, cae de proscenio en la raya, y va, y echando la *glotis*, baila con la tiple un *chottis* sobón, absurdo y canalla. *Chottis* en que el bailarín palpa la parte postrera (sin dar a *palpaje* fin) de la tiple postinera, que, para esto, más valiera que se dejara e postín en donde no se le viera.

¿Y eso es de gracias derroche? ¿Y eso se debe ir a ver? ¿Merece una mala noche esa labor de fanteche, de tanta pobre mujer?

¡Todas con *bimba* calada; pues *bimba* llaman a aquello que de un morrión tiene el sello y no favorece nada! ¡Todas, a cual más cansada, con sudor en el cabello y churretes de pomada en la cara y en el cuello, destrozando una tonada y sin enterarse de ello, pues no se enteran de nada, y hasta perder el resuello, todas fingiendo (en manada y y la una a la otra agarrada), el torpe andar del camello!

¡Y encima, por si aún es poco, exhibiendo, como jacas, sus carnes, en que el sofoco descubre *barros* y *macas*, porque se cae el revoco, y sólo queda el descoco de las gordas y las flacas!...

¡Bella labor de escritores! ¿Si se creará algún sujeto que eso es trabajo de autores? ¡Un poco más de respeto para la mujer, señores!

Bien que una hembra rife amores y nada tenga secreto para sus adoradores... Pero, ante el público, os reto a no *pasar a mayores*, y a que las pongáis un *peto*, como hacen los picañeros con noble y piadoso objeto. O, si el desnudo es completo, a que lo deis entre flores, para hacerlo más discreto.

¡Y, en fin, que si amáis el Arte, no os tornéis en *taumaturgos*, y el *truco* dejéis aparte, porque es que así, *dramaturgos*, no se va a ninguna parte!

Firmado: JAVIER DE BURGOS

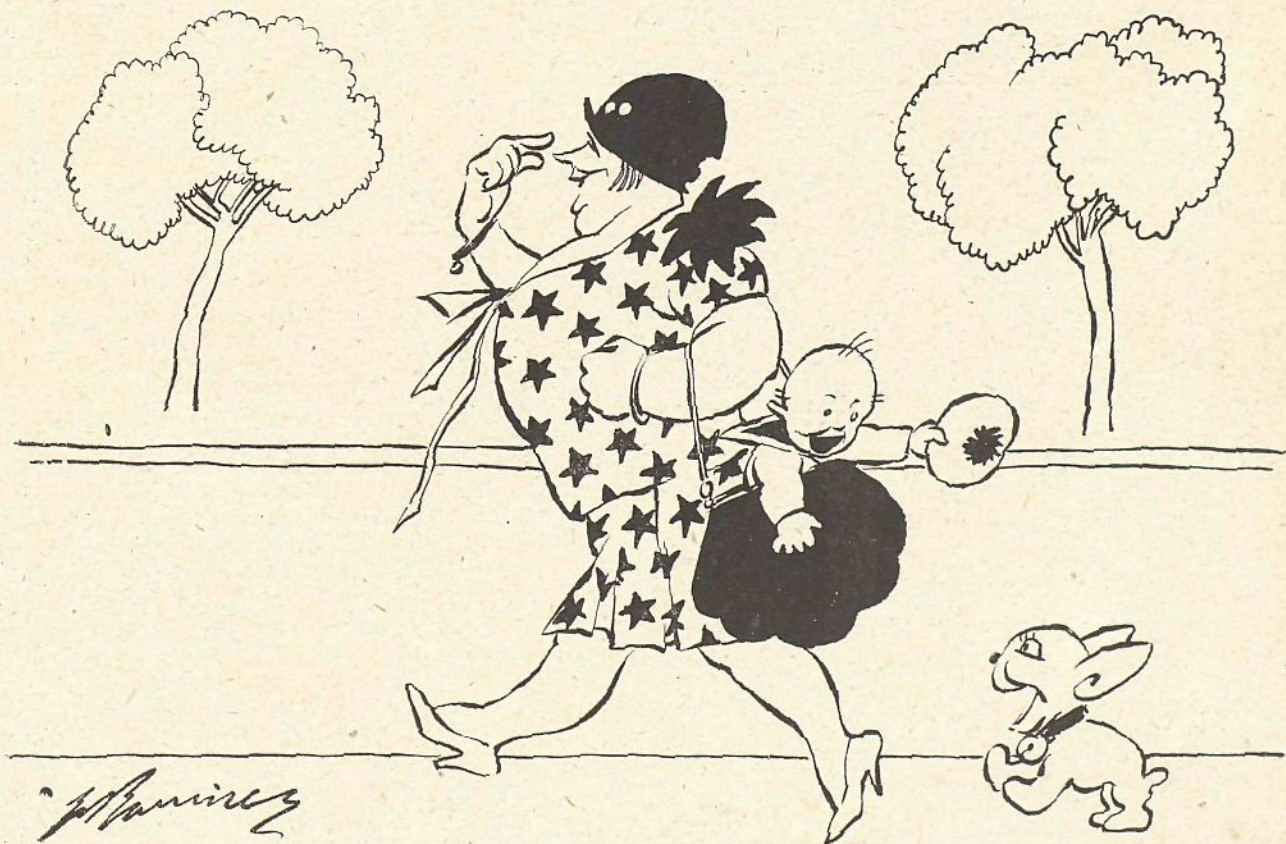
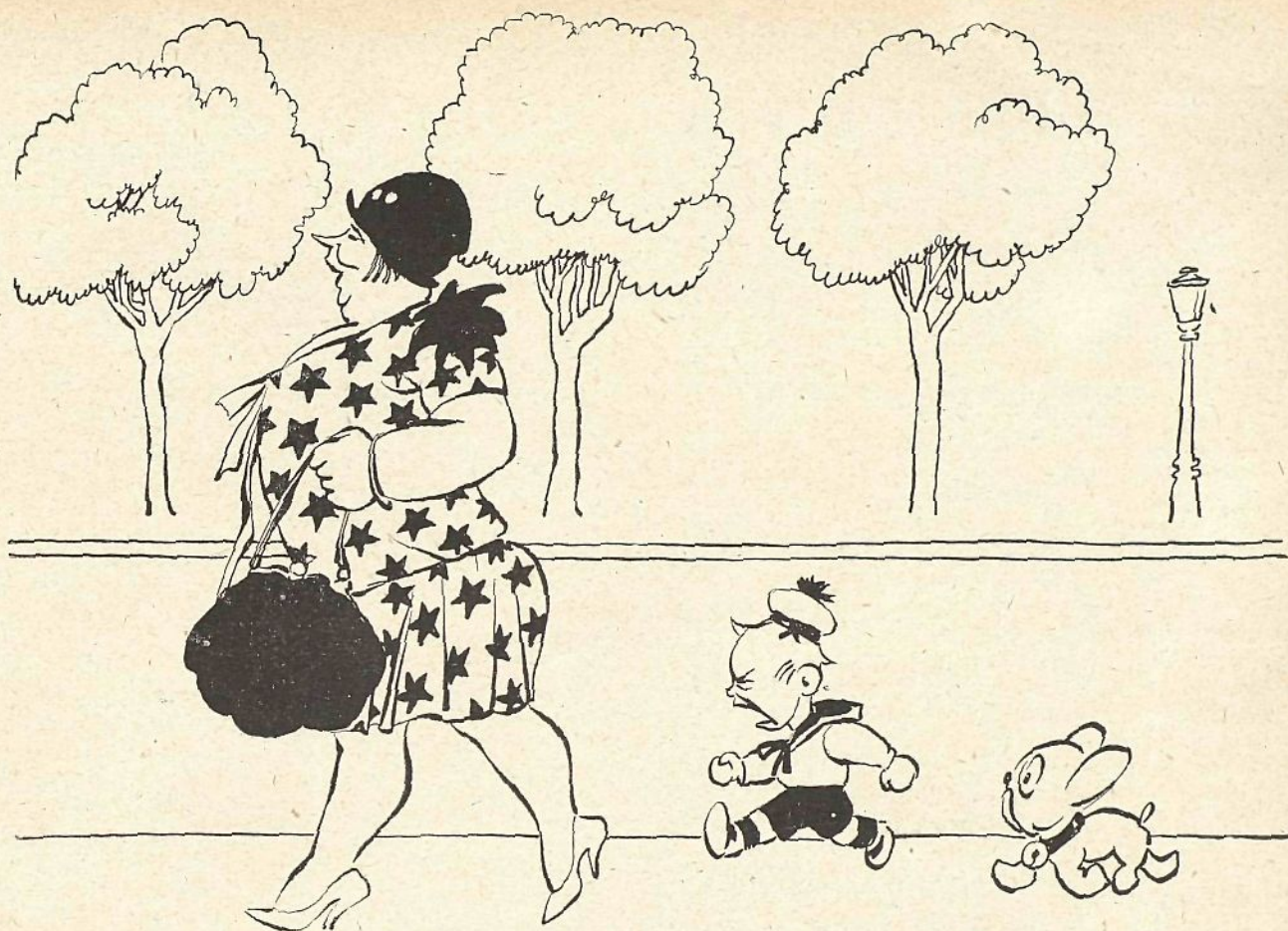


La suegra a su nuevo yerno.—Ahora que te has casado con mi hija, espero que no harás más tonterías de las que acostumbras hacer.

—Esté usted tranquila: me he prometido que ésta será la última.

Dib. de TAULER.—Madrid.





*Ramírez*

DE CÓMO LOS BOLSOS DE SEÑORA MODERNOS PUEDEN HACER LA ALEGRIA DE LOS NIÑOS

Dib. RAMÍREZ.—Madrid.



# BUENAS COSTUMBRES

## EL HOGAR EN PUBLICO

Da gusto encontrarse por el mundo con expansiones familiares de padres amantísimos. El espectáculo de un hogar—papá, mamá y el niño—conmueve siempre las fibras más secretas de los hombres.

Para conmover, sin duda; para dar prueba ejemplar y público testimonio de este caso enternecedor, hay hogares que trasladan a los cafés sus hogares...

Llevar al niño al café, y es algo que entenece. "Vivimos en una casa de cristal", dijo el otro; y éstos podrían decir algo parecido: se les ve allí como si estuvieran en su casa. La satisfacción de haber constituido un hogar les rebosa de tal manera, que llena el hogar, desborda por balcones y puertas; baja, en cataratas, la escalera; cae, en cascada, fachada abajo hasta la calle, y va por el arroyo convirtiéndolo en torrente bullicioso, en crespado, cantarino, remolineador... Cuando en su gran avance impetuoso topa con un café, penetra, lo invade y se instala.

No crean, sin embargo, que allí forma un remanso. En un hogar no puede haber remansos, porque es palabra fea. La instalación en el café del entusiasmo familiar es una instalación preciosa a la del molino: la corriente al llegar a él y encontrarse detenida, se encrespa más y encabrita en vez de apaciguarse. La puerta del café resulta más bien compuerta. Brinca la corriente, se arma el alboroto; comienza todo a rodar... y todo se amuebla.

Ni que decir tiene que el elemento decisivo en todo esto es el nene. Si los papás van al café, van por el nene. Quieren hacer propaganda de la casa; quieren acreditar el artículo, y aquí el artículo es el nene; artículo y conjunción a un mismo tiempo. "¡Miren qué alhaja!", vienen a decir.

Ellos salen de su casa y nosotros de nuestras casillas.

El niño es, en efecto, una piedra ¡preciosa!... Hijo, al fin, de las dos piedras paternas, no menos preciosas. ¡Qué remono! Tiene varias gracias y

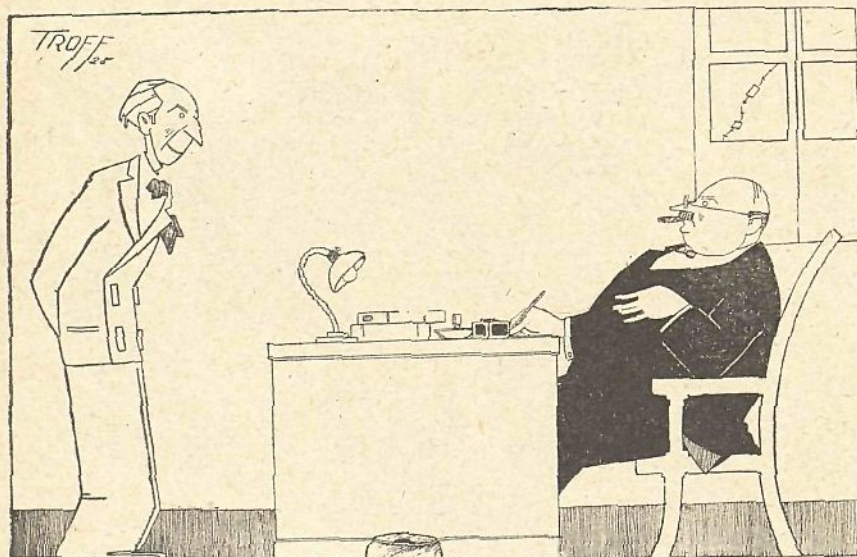
las luce todas. Una de las primeras consiste en darle un tantarantán al vaso del café que da por resultado una salpicadura mayúscula. Tiene que venir el camarero con un paño, quitar todo, secar y volver a ordenar la mesa. Desde este feliz prólogo hasta que los papás y el vastaguito se embaulan lo pedido transcurre media hora, en la cual vemos a cada paso que la escena va a reproducirse y van a salir, de la reproducción, varios ejemplares. La consumición lo es, en efecto, no sólo para los consumidores, sino para los demás: los consumidos.

Luego, terminada la deglución e ingurjitación de los alimentos y vertidos del todo los líquidos—ya en la mesa o en los trajes, ya en los estómagos—viene el jugar con las copas, los únicos que ha quedado a disposición del fenómeno. Poco dura, sin embargo, éste que pudiéramos llamar "intermedio" en el programa: el papá llama al camarero y le dice que se lleve hasta las copas.

No es, empero, una medida autoritaria del progenitor: es una medida económica y prudente; quiere evitarse el que haya de pagar—si llega la ocasión—los vidrios rotos; no piensa ni por asomo en que el hereu se reprima. Todo lo contrario; aquel prudente despejo de la mesa equivale al despejo de la pista en los circos: es un trámite previo para que irruman, sin trabas, los caballos en libertad.

Efectivamente: el niño, al ver el mármol terso y blanco, quiere hacer alpinismo y siente acometividades entusiastas de skieur. Comienza la ascensión desde la silla a la mesa. El papá se ríe, la mamá le regaña y se lo impide, más por gruñir y regañar que por impedirlo de veras. El niño lo comprende y vuelve a la tarea; el papá le tira de un pie; el niño da unos gritos de protesta... Repiten grandes y chico... El chico grita más; los papás se mueren de risa... y el niño, al fin, a gatas en la mesa... se hace pipí.

La mamá se enciende en grana ante el bochorno, y llena de coraje da un zarandeo al chico y, acaso, de matute, un pellizco de monja a la sordina. A



Dib. TROFF.—Madrid.

—¿Usted es el campeón de salto que quiere que le coloque en mi fábrica de conservas? ¿Y usted qué sabe hacer?

—Pegar... botes...



la sordina, el pellizco; pero el efecto a toda orquesta con suplemento de metal. El chico patatea, rabia, chilla; chillando, sobre todo, es atroz. Y como la mamá quiere ante todo que calle cuanto antes para que la gente no diga, le da unos achuchones y le manda callar con una saña que el chico grita más. Hace falta mimarle y consentirle para que no dé el espectáculo.

Ya tiene, en vista de eso, nuestro héroe salvoconducto o, como si dijéramos, licencia y uso de armas.

Como primera providencia, da golpes al cristal de la ventana; tiene, sin duda alguna, declarada la enemiga a los cristales. Para que deje en paz y quietas las manufacturas frágiles, le bailan en las narices la cortina de la ventana. Al chico le alegra aquello. La agarra, le da un tirón y allá te va la cortina, la varilla y la escarpia que la sujeta... El camarero está mosca.

Los padres, para atenuar el efecto, le dicen al niño refiriéndose a los ocupantes de las mesas próximas: "¿Qué van a decir de ti estos señores?" Los señores, en vista de eso, tienen que decir: "No... No... Si no... si no molesta..." Y los papás, con esto, se lo creen. ¡Cómo ha de molestar un niño como el suyo, una alhaja, según ya se ha dicho! ¡Cómo les ha de molestar, si es preciosísimo!... Y para demostrarlo, le pinchan para que haga algunas gracias, le piden "bis" cuando las hace y le ríen y celebran las que añade la alhaja por su cuenta.

Una de las gracias espontáneas consiste en pegar saltos y patatear en la silla... Una de las gracias conocidas, y "a petición", consiste en "hacer de Uzcuñun": dar de puñetazos a su padre. El padre dice "¡Qué bruto!"; la madre dice "¡Qué malo!", y se derrieten de regocijo paternal ante la constatación de aquellas dos virtudes en el vástago.

El regocijo les envalentona y deciden, por fin, la ofensiva en regla:

—A ver... a ver... ¿Cómo hace el perro?... A ver... haz el patito...

Y se llena el café de gritos estridentes...

Sería, en verdad, de una avaricia sordida el que los matrimonios se guardaran, en el secreto del hogar, para ellos solos, un espectáculo tan lleno de delicias... Hay que hacer propaganda del hogar... Para eso se llevan a los cafés una pequeña y portátil muestra del hogar; pudiéramos decir "un infierno".

MANUEL ABRIL



Dib. PERALS.—Madrid.

FEMINA CLUB

—No sé por qué nos mira tan fijamente aquel estúpido. ¡Parece que en su vida ha visto una mujer!





(De The Passing Show.)

—¡Camarero! ¡No hay pollo en este guisado de pollo!

—¡Oh, sí, señor; pero usted ha pedido media ración y el pollo está probablemente en la otra media!

## CHISTES DE TODO EL MUNDO

—Si mi amo no se vuelve atrás de lo que me ha dicho, yo voy a dejar la casa.

—¿Pues qué te ha dicho?

—Que me vaya.

De *Pages Gdises*.—Iverdon.

PRIMER HUMORISTA.—¿Lees tus chistes a tu mujer?

SEGUNDO HUMORISTA.—Sí; y cuando ella no se ríe, seguramente es gracioso.

De *Northern Daily Telegraph*.

—Dice usted que está haciendo un viaje largo por el mar para reponer su salud? ¿Pues que tiene?

—Exceso de trabajo para ganar dinero para poder hacer ese viaje.

De *America's Humour*

EL MAESTRO.—Tomasín, ¿cuánto es la mitad de cincuenta?

EL NIÑO.—No lo sé exactamente; pero no creo que sea mucho

De *Progressive Grocer*.

El director de un penal dice a un individuo que ingresa en él por cuarta o quinta vez:

—¡Vamos, hombre! A ver si te convences de que has elegido mala carrera.

—No, señor; no es mala; es que ustedes la estropean.

De *Pasquino*.—Torino.

—La mujer es siempre más bella que el hombre.

—¡Naturalmente!

—No; artificialmente.

De *Royal*.—Londres.

EL BANQUERO.—No puedo darle nada. Tengo parientes pobres: mi hermano me cuesta mucho dinero.

EL SABLISTA.—Pero si su hermano me ha dicho que jamás ha recibido un céntimo de usted.

EL BANQUERO.—Bueno; pues si no le doy nada a mi hermano, ¿cómo quiere que le dé a usted?

De *Die Muskete*.—Viena.

—¿Qué le ha recomendado el doctor para los dolores de cabeza?

—Me ha dicho que no debo tomar ninguna bebida alcohólica.

—¿Ni siquiera whisky?

—No me atreví a preguntarle por si me lo prohibía también.

De *Dorferbarbier*.—Berlín.



# DEL BUEN HUMOR AJENO

## La curiosa historia de Hamlet p. r Raimond Genty

Voy a referiros una historia que me han contado recientemente.

En un Colegio de provincia, el Director recibe a un nuevo profesor, el cual viene a tomar posesión de su clase.

—Tengo mucho gusto en aceptar sus servicios—le dijo—, y le voy a encargar a usted de una clase muy interesante. Venga usted por aquí, y pasaremos al aula para presentarle a sus nuevos alumnos.

Una vez hecha la presentación, el nuevo profesor sube a la plataforma y ocupa el sillón. Comienza pronunciando el discurso de costumbre, y después, para entrar mejor en contacto con sus discípulos, se decide a interrogar a uno de ellos, todos los cuales le escuchan con gran atención.

Dirigese a un muchacho rubio que está sentado en primera fila:

—Vamos a ver, amigo mío, ¿puede usted decirme quién ha hecho Hamlet?

El niño, como si se defendiera de haber cometido una falta, respondió vivamente:

—Yo no he sido, señor.

El profesor, extrañado, no insistió. Terminó su lección sin atreverse a hacer más preguntas.

A la salida encontró al Director, el cual le dijo:

—¿Qué tal?

—Muy bien, señor Director.

—Y los alumnos, ¿qué le han parecido?

—Buenos chicos, buenos chicos. Sin embargo..., he preguntado a uno de los primeros, de cabello rubio, quién había hecho Hamlet, y me ha respondido: "Yo no he sido". Esto, confieso que me ha sorprendido bastante.

—No haga usted caso—dijole el Director—. Aquí, para los dos, ese chico me parece un poco embustero...

El profesor, estupefacto, salió del Colegio y se dirigió a su domicilio. En el camino se encontró al Preceptor, quien le saludó:

—Qué, señor profesor, ¿viene usted del Colegio? ¿Está usted contento de sus alumnos?

—Así, así.

—¿Cómo?

—Juzgue usted mismo. He interrogado a uno de la primera fila, sobre quién había hecho Hamlet, y me ha respondido: "Yo no he sido".

—Vaya, vaya; y, naturalmente, ¿había sido él?

Lleno de estupor el profesor, continuó su camino y entró en su casa. Como pareciera disgustado, su mujer le preguntó:

—¿Qué te pasa? Traes mala cara.

—Motivos tengo.

—¿Tiene mal carácter el Director?

—No; es encantador.

—¿Entonces?

—Es que he preguntado a uno de los alumnos, que quién había hecho

Hamlet, y me ha respondido: "Yo no he sido"... ¡No saber quién ha hecho Hamlet, es inaudito!...

La mujer se encogió de hombros y dijo:

—Y tú, ¿lo sabes?

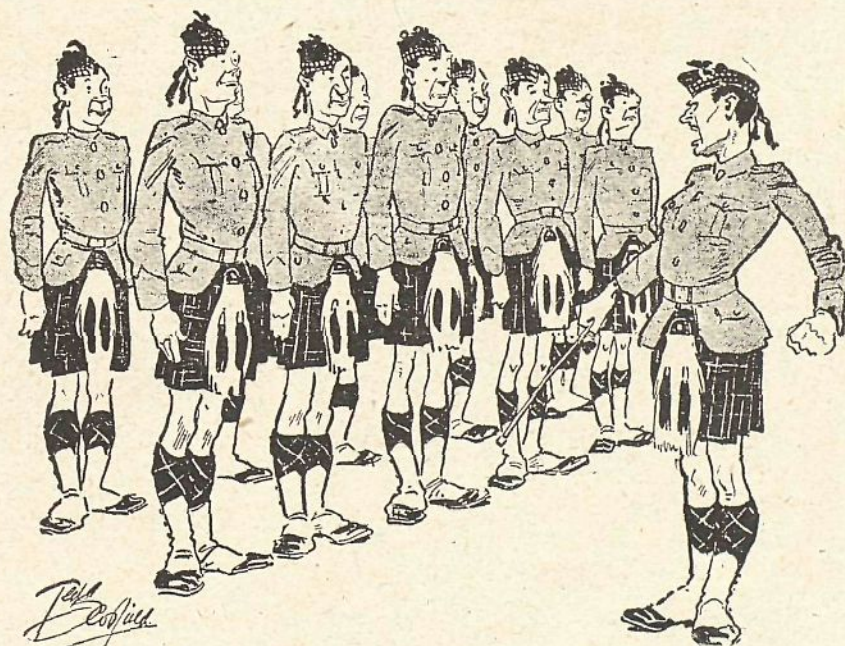
Llegó la hora de almorzar, y mientras ponían la mesa, el profesor tuvo tiempo de contar el caso a su suegra, la cual, dando pruebas de gran prudencia, no comentó la respuesta del alumno.

El profesor, calmado por esta actitud, sintió por la madre de su mujer una simpatía que no podía sospechar.

Se sentaron a la mesa. El principio de la comida transcurrió en silencio, pero al servir el asado, la suegra, para animar la conversación, exclamó:

—Pero, bueno, no acabaremos de saber quién ha hecho Hamlet...

G. P.

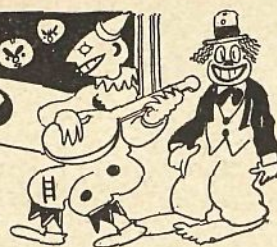


(De Sudney Bulletin—Londres.)

El sargento.—Cuando yo dé la voz de mando, ninguno se mueva hasta la cuarta sílaba de la voz "marr".



# EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente supón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en uno aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes".

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

Un borracho se halla enfermo y el médico, luego de auscultarle, le dice:

—Aquí dentro hay agua.

—¡Imposible! — dice el beodo, aunque es muy probable, porque esos taberneros son unos canallas.

Francisco Olivas.—Madrid.

En el cuartel:

El capitán.—¿De qué es hoy el rancho?

El ranchero.—De carne con patatas.

El capitán.—No veo la carne por ninguna parte.

El ranchero.—Mícala allí, detrás de aquella patatica e la izquierda.

Tercos.—Sangüesa.

Una pobre jorobada le preguntaba al Doctor: Para verme libre de esto, ¿qué cree usted debo hacer yo? Y el galeno, que era listo, contestóle con presteza: Señora: Usted por lo visto nunca usó los corsés PRESA. Fuencarral, 72 - Tel. 51135

Iba un cateto de Sevilla a Utrera, y en el trayecto se encontró un loro, cogiólo y se lo puso en el pecho.

Siguió andando el buen hombre, y oyó que le preguntaban: ¿Adónde vas?

Volvió la cara el cateto, y no viendo a nadie, quedóse extrañado.

Repitióse la pregunta por otras dos veces, hasta que el cateto, dándose cuenta de que la voz salía de su pecho, cogió al loro, lo puso en el suelo y le dijo:

—Usted me perdona, que yo creí que era usted un pájaro.

Carmen Truj. Dormido. Larache.

*El premio correspondiente al número anterior ha correspondido al siguiente chiste:*

Dos mujeres hablaban de la muerte de sus respectivos maridos.

—La muerte de mi marido—dice una—fué lenta, pero terrible.

—¿Y de qué murió?

—De una bronquitis.

—¡Oh! Pues no tiene comparación con lo del mío.

—¿Fué algo peor?

—Figúrate: un broncazo.

José Atienza.—Barcelona.

—¡Adiós, Pérez!

—¡Adiós, López!

—¡Caballero: yo no me llamo López!

—¿Qué casualidad! Ni yo Pérez.

—Hombre, entonces no somos ni usted ni yo.

KI-KI-TO.—Zaragoza.

El juez.—¿Otra vez usted por aquí?

El detenido.—Es que les aprecio mucho.

El juez.—¿Pues no dijo la otra vez que iba a hacerse fraile?

El detenido.—La misma cuenta me tiene, ya que he de estar en una celda.

Quiquet.—Valencia.

—¿En qué se parece un sombrero a un billete de mil pesetas?

—En que viene al pelo.

Trini.—Zaragoza.

Entre amigos:

—Ya sabes que después de tanto lío y jaleo, Bertazzolo ha firmado amistosamente el contrato para luchar con nuestro gran campeón Paulino.

—¿Amistosamente? ... Quíá, hombre, quíá. Ya verás como esos terminan a puñetazos.

Uno que no tiene tupé.

San Sebastián.

Durante más de dos años se trabaja activamente para descubrir el paradero de las niñas desaparecidas.

En las excavaciones practicas se encontraron setenta y cinco céntimos que correspondían a la cantidad que dichas niñas llevaban para efectuar compras.

Posteriormente se han encontrado, durante nuevas excavaciones, diez céntimos más.

El público reunido discutía pasionadamente sobre si la nueva moneda encontrada pertenecía o no a las mentadas niñas, cuando uno de los presentes aclaró el misterio.

Los diez céntimos encontrados últimamente—decía—representan los intereses de los setenta y cinco durante los tres años que han estado enterrados.

Perhoms.—Barcelona.

—¿Cuál es el equipo de Fútbol que mejor puede vestir?

—El Barcelona, porque tiene Sastre.

VITA.—Madrid.

Entre tío y sobrino:

—Un amigo acaba de decirme que me parezco mucho a usted.

—¿Dónde ese hombre, que le rompa la cara?

—Ya se la he roto yo.

Angel del Castillo.

Ella.—Hoy, Pepito, qué hermoso sombrero.

El.—¿Te gusto así, monada?

Ella.—¡Ya lo creo! Como que con ese paja y con lo que a ti te gusta ir siempre al grano, lo vas a pasar bestialmente.

Alvaro Ruiz.—Barcelona.

—¿A que no sabe usted de qué tema están hablando, desde hace hora y media, mi mujer y la vecina del segundo?

—¡Hombre, no lo sé!

—¡¡Pues de que no tienen tiempo para nada!!

Original.—Valladolid.

## LA HORRA

Sombreros de Señoras.  
Sombreros de Niñas.

## LA HORRA

Siempre Novedades.  
SIEMPRE

## LA HORRA

Fuencarral, 26, entresuelos.  
Montera, 15 y 17, entresuelos.

En casa de un señor rico había, entre los criados, uno que, siendo bastante torpe, tenía el defecto de ser tartamudo.

Un día, entre un visitante y él, se entabló el siguiente diálogo:

—Dile a tu amo que espera en la antesala don Juan Francisco de Vinuegra, Caballero 24 de la Ciudad de Jerez.

El criado pasa ante su jefe y dice:

—Se... señor...: ahí le espera don... don... Juan... don... Francisco... ven... ven... tinueve negras ven... ven... cuatro ca... ca... caballeros y... h... ciu... ciu... dad de Jerez.

—Pues díles que en esta ca-



sa no cabe tanta gente—replicó el amo de mal humor.

Manuel Carbajosa.—León.

Calínez y Regúlez:

Calínez.—¿Cuál es el oficio que más mata?

Regúlez.—El de chofer.

Calínez.—¿Por qué?

Regúlez.—Porque mata a los simones; y una prueba de ello es que siempre se les ve caminando del cementerio.

Enrique Soto y Soto.  
Madrid.

Entre sevillanos:

—Oiga ozté, amigo, ¿cuál es el nombre que nosotros no podemos llevar?

—¿.....?

—Amadeo.

—¿.....?

**Joaquín Morón González,  
Luis Chacón Carrasco,  
Antonio Alcalde Vergara,  
y José Araujo Feraández,  
soldados de la Comandancia Tropas de Intendencia de Ceuta, desean tener madrina de guerra joven y guapa.**

—¿Zi, hombre! ¿Ha visto ozté argún Amadeo que fuese sevillano?...

Marlore Soroc.—Barcelona.

A bordo de un trasatlántico, el médico curaba todas las enfermedades con una copa de agua del mar.

Un día el médico cayó al agua, y el capitán, consternado, preguntó a un oficial:

—¿Qué ha pasado?

—Nada. El médico que se ha caído dentro de su botella medicinal.

F. León.—Ceuta.

Un éxito "filial":

—¡Hijo mío, abrázame! No eres tan idiota como yo creía.

—¿Qué ocurre, papá? ¿Has traspasado el almacén de paños?

—No. He tenido cablegrama de tu futuro suego desde Nueva York. ¿Dice que sólo dota a su niña con diez millones de dólares! ¡Y yo que te decía que esa americana tenía poca tela!

—Veo papá, que no conoces el mundo ni por el forro.

Carlos Atienza.—Madrid.

Caminaban dos frailes por una carretera cuando vieron venir

hacia ellos un desarrapado pastorcillo, y al verle se propusieron pasar un buen rato a su costa.

—Dime, muchacho, ¿cómo te llamas?

—Yo no me llamo; a mí me llaman — contestó con desparpajo.

—Hombre — insistió el fraile, asombrado por la respuesta —, ¿y cómo te llaman?

—A voces cuando estoy lejos — replicó el pastorcillo.

—Bien, bien. ¿Y dónde va esta carretera — volvió a preguntar el monje, algo escamado con las respuestas del rapaz.

—La carretera no va a ninguna parte. Está siempre parada.

—¿Sabes lo que hacen en mi pueblo con los niños traviesos?

—En el suyo no sé lo que harán, pero en el mío ¡los meten frailes!

Tercos.—Sangüesa.

Después de examinarse, un alumno entra precipitadamente en la sala buscando su sombrero, sin encontrarlo, por todos los rincones.

El catedrático (molesto).— ¡Tampoco nos lo habremos comido nosotros!

El alumno.—¿Y quién ha dicho que sea de paja!

Groggi.—La Unión.

En la Escuela:

—Vamos a ver: si yo digo: Pedro, compra pasteles, ¿dónde está el sujeto?

—¿En la pastelería!

Quique.—La Coruña.

Una señora, cansada de aguantar al vendedor del "Carro Americano", sale al balcón y le dice:

—¿Se puede saber cuándo deja usted ese dichoso "Carro"?

El vendedor.—Cuando me salga de las narices.

Clavijo.

Al paso de una comitiva fúnebre se encuentra un amigo con uno de los acompañantes del entierro; y aquél, ignorando quién pudiera ser el cadáver, le preguntó a su amigo:

—¿Quieres decirme quién es el muerto?

A lo que contestó el otro:

—Sí, hombre: el que va en la caja.

Eduardo José Iglesias.

Había en Jerez un individuo célebre por su carácter y buen humor, que no se perdía un casamiento, un bautizo o un velatorio. En todas partes donde había copas, café o dulces, allí se encontraba el chistoso jerezano.

Una madrugada, en un velatorio, a ruegos de varios amigos, empezó a contar chistes de su interminable repertorio, aumentando por momentos las carcajadas y gritos.

Uno de los dolientes llegó malhumorado a la habitación de la tertulia, y dirigiéndose al jerezano, le hizo ver que no era ocasión de chistes y risas en un

**OZONOPINO  
Ruy-Ram**

velatorio; y levantándose furioso mi hombre se dirige al doliente, y con los puños junto a la cara, le dijo:

—¿Llamarme la atención a mí? Vamos, hombre. Hace veinte años que no me pierdo un velatorio en este pueblo; pero velatorios..., donde ha habido muertos de importancia, y no esa basura que tiene usted ahí, que es un camarón.

W. N.—Tetuán (Marruecos).

En una taberna se hallan seis u ocho carboneros bastante beodos, cuando de pronto uno de ellos cae al suelo hecho una pelota.

Dos amigos se hallan sentados en una mesa, y al presenciar lo ocurrido, le dice uno al otro:

—Oye, Juanito: mira un carbonero hecho cisco.

A lo que le contestó el otro:

—Pues se va a ver muy "negro" para levantarse.

Tronchito.—Madrid.

Oye, Melanio, ¿tú aspiras a emular a "Azorín"? ¿Quieres decirme qué es estirpeo? Porque el señor Feliciano acaba de largarme el epíteto en "cusión".

—¡Hombre!... Está claro... Te ha llamao idiota.

Fausto Grat.—Riffiñ.





# Correspondencia muy particular



**Dibujos que se han fastidiado rotundamente.**—Los remitidos por los cariñosos amigos, y egregios artistas del lápiz, que forman la siguiente y patética relación: C. Castresana, Abello, Carmelo, Ulloa, Ros, Fot, Barr, A. Puertas, Febo, Caso (Madrid), Carmona (Málaga), M. Caballero (Madrid), Ibáñez (Sanlúcar de Barrameda), Alvaro del Pinar (San Sebastián), Tato (Madrid), L. Moral, H. de la Peña, Felipeillo, Eoristin, Viejo (Gijón), Velada (Madrid), Seo (Cercedilla), A. A. (Madrid), J. Granados (Valencia), Kiko (Madrid), Joaquín Besca (Castellón), Gamoneda (Madrid), J. Alemán Caballero (Sevilla), Enrique Soto y Soto (Madrid), A. S. R. (Barcelona), Tercos (Sangüesa), Morales (Madrid), Torrentbó (Murcia), A. Vila (Madrid), Román Castro (Morón), Vigil (Madrid), Yast (Aguilas), García García y García (Madrid), Calandín (Valencia), Rubio (Tetuán), Locke (Munich) y Fergil (Barcelona).

**Elegante. Segovia.**  
Este señor Elegante, como tonto lo es bastante.

**Romántico. Toledo.**  
No nos gusta el triste cántico que ha elaborado Romántico.

**Fletilla. Zaragoza.**—Es una robusta y considerable majadería.

**T. M. S. Madrid.**—¿Con que le parece a usted magnífico el aire de la Sierra? ¡Pues encantados todos!... ¡Váyase a tomar el susodicho aire y déjenos en paz!... Nuestra gratitud será imperecedera...

**M. R. P. Burgos.**—Es indiscutiblemente pésimo.

**C. T. Madrid.**—¿De manera que usted es camarero, además de cuentista gracioso? ¡Y por

que no sirve usted el café con más diligencia, en lugar de atormentarse tirando de péñola? ¡Se lo agradeceríamos de verdad, créame!... ¡No escriba usted, camarero! ¡Se lo pedimos de rodillas! ¡Y por la eterna prosperidad de la rodilla que lleva usted al hombro, en el cumplimiento idóneo de su deber!...

**A. G. M. Barcelona.**—Es de una idiotez que quita el sentido.

**C. L. A. Bilbao.**—Nos ha gustado mucho y lo publicaremos. ¡Qué raro! ¿Verdad?

**Le diable. Biarritz.**

Lo que manda Le diable es bastante lamentable.

**Honesto. Granada.**—Los pies de sus dibujos son lastimosamente *asáiras*. Y por culpa de ellos, no hemos entrado en un examen más amplio y detallado de la parte artística.

**César. Valencia.**—Ni el monólogo bolchevique, titulado *La dinamita*, ni el cuento alemán, denominado *Esposa modelo*, se ciñen a las condiciones, verdaderamente onerosas, que aquí exigimos a los colaboradores espontáneos; y que se las exigimos

por su bien, pensando en que alcancen el debido y estrépitoso éxito que merece la juventud estudiosa. ¡A estudiar, pues, y a ver si aprendemos algo, distinguido amigo César!

**B. G. Cestona.**—De Cestona viene, ¡y a Cestona va!...

**Luisa. Barcelona.**—Decididamente, el porvenir es de ustedes las mujeres activas y estudiosas. Triunfan ustedes en los comicios, en las Universidades, en la medicina, picando billetes en el Metro, en todo, en una palabra. Usted misma le da ciento y raya a todos los poetas de costumbres que hemos tenido hasta la fecha. No existe hoy un poeta macho capaz de escribir estas palabras con que usted narra la tragedia doméstica de cada día:

“...y el ingrato  
la tiró un plato  
y la hizo una herida  
que la durará toda la vida,  
sin perjuicio de al poco rato  
con un beso  
dejarla convencida.  
¡Es de la mujer  
el sino fatal,  
esclava del hombre ser  
que es un animal!...”

Muchísimas gracias, señorita, por la parte que nos toca, aunque suponemos que esa frase no será más que una licencia poética. Usted, como cada quisque (o *quisca*), estará deseando encontrarse con el animal que por clasificación la corresponda. ¡Qué nos va usted a contar a nosotros!

**Abel. Córdoba.**

En su artículo cruel insulta a Sevilla Abel en términos muy villanos. ¡Pues bien, que los villanos se las componga con él! Porque nosotros, ¡ni hablar de eso!

**P. M. C. Madrid.**—Majadero hasta la acera de enfrente.



(De The Humorist—Londres.)

La señora.—¿Qué desea usted?

El mendigo.—¿Podría usted darme unos pantalones viejos del doctor?

La señora.—¡El doctor soy yo!





# CREMA

# LIDA

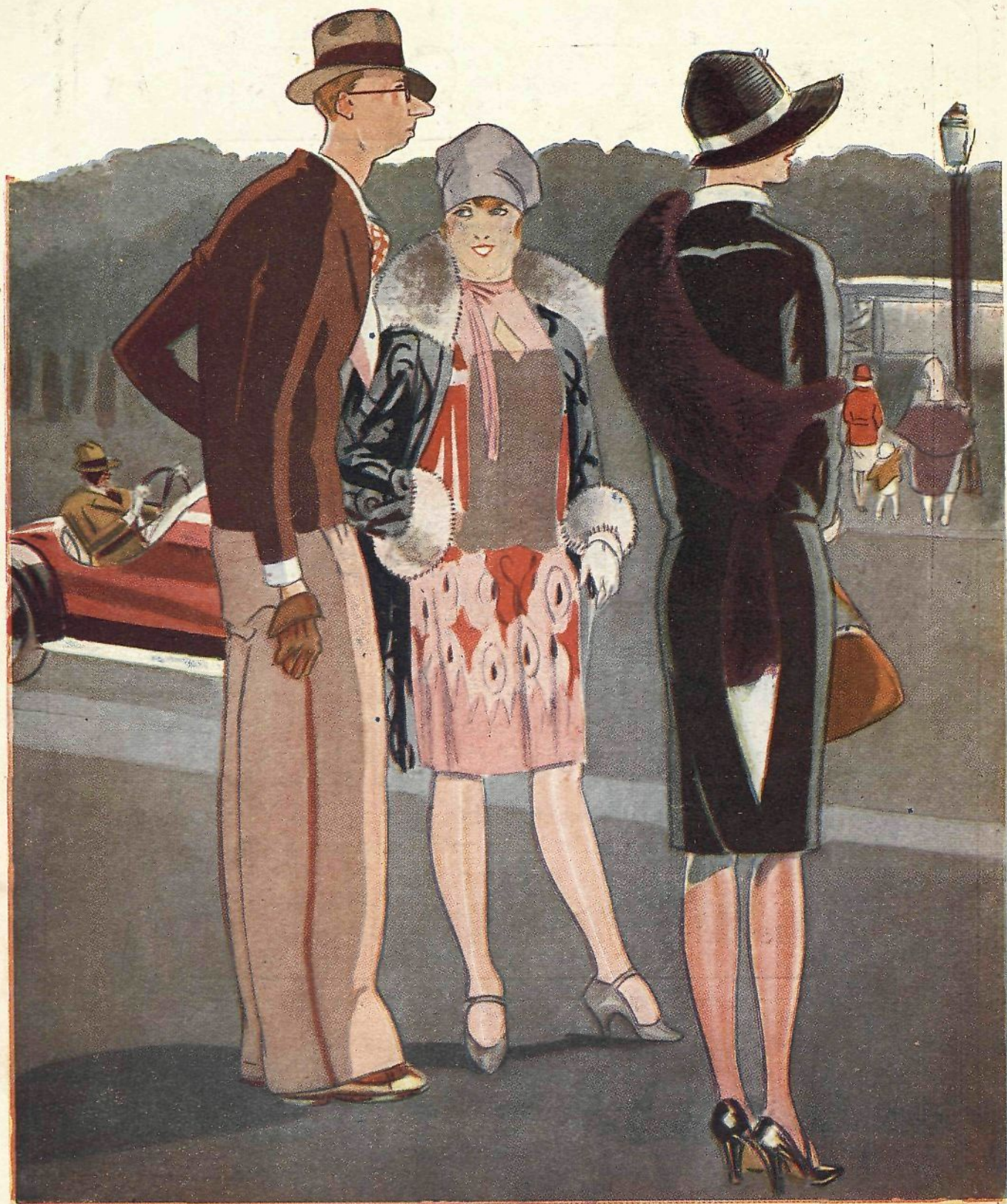
# RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID



# BUEN HUMOR



Dib. CUESTA.

—¿Sabes que Lili se ha divorciado diecisiete veces?  
—Ha sido siempre muy exagerada por seguir la moda.

Ayuntamiento de Madrid

¿Qu